

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

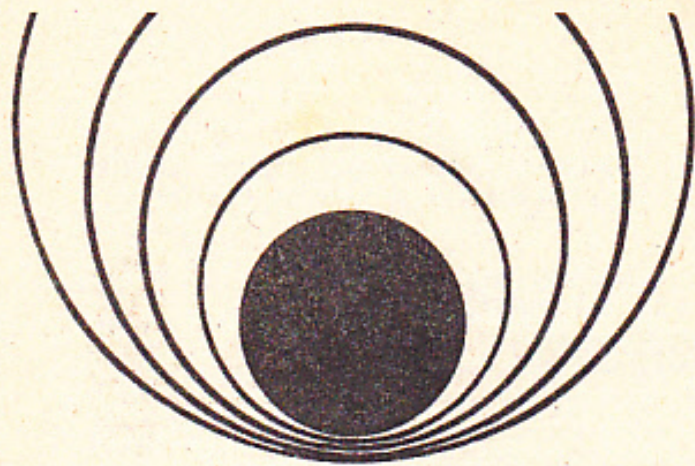


POLICIAGO

PESADILLA MORTAL

Rocco Sarto





PUNTO ROJO



ROCCO SARTO
PESADILLA MORTAL

Colección PUNTO ROJO n.º 1.120
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS;

1.302 — Joe Laredo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.726 — Adiós al servicio.

En Colección PUNTO ROJO:

1.104 — Un cliente para el crimen.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 29.159-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: octubre, 1983

1.a edición en América: abril, 1984

© Rocco Sarto - 1983

texto

© Pujolar 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21.6501 Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

—¿Lo de siempre, Sam?

—Sí, compañero.

Bud sacó la botella de debajo de la barra como si sólo hubiese estado aguardando mi llegada desde la noche anterior, cuando le dejé atrapado en una discusión sobre gallos de pelea con un par de mexicanos, que sabían tanto del tema como para hacer que el mismísimo Bud les escuchara con atención.

—¿Quién clavó el espolón el primero?

—Esos muchachos estaban muy enterados, Sam —reconoció Bud, y llenó mi copa hasta el borde con su excelente Jack Daniels.

—Por ti y el mundo que se acaba, Bud —brindé levantando la copa y sorbiendo muy despacio, para que me limpiara los dientes, el paladar y cauterizara un molesto dolor de garganta que me tenía algo nervioso.

Todavía era temprano y en el local había solamente media docena de tipos, bebedores solitarios observando el licor como si fuese la respuesta a todos los misterios.

Saqué un cigarrillo y lo deposité entre los labios, pero cuando Bud me acercó el mechero lo rompí y lo dejé en el cenicero.

—No puedo fumar, me duele la garganta —le expliqué.

—Yo tengo el remedio.

Le miré sonriente.

Bud conocía el remedio para todas las enfermedades, sobre todo de aquellas dolencias que podían postergarse aplicándoles una buena dosis de alcohol.

—No me ha dejado ninguna mujer desde hace diez años, Bud; y ya tengo una copa.

Ahora fue su turno de sonreír.

—Para los amigos tengo buenos remedios —dijo, y formando una pistola con el índice y el pulgar me disparó al rostro.

—¿Dónde vas?

—No te muevas de aquí. El viejo Bud dejará tu garganta tan sutil como la de Sinatra.

Se alejó y desapareció en el recodo del extremo, donde la barra giraba para hacer frente a las demandas de la otra parte del local en forma de L.

No me sentía con ganas de discutir con Bud, de modo que aceptaría su pócima milagrosa y me largaría.

Observé mi rostro por encima de la barra, en la imagen que me devolvía el espejo y no tuve deseos de sonreírle. Estaba más delgado y seguramente más arrugado allí donde comienza a

diseñarse el aspecto que se adquirirá en la vejez: una mano de infinitos dedos, abierta a partir del ángulo exterior de los ojos; dos cisuras descendentes desde las aletas de la nariz que flanqueaban las comisuras de los labios y me otorgaba un aspecto de «recia madurez» como solía decir Mildred antes de que nuestra relación acabara en insultos y arañazos.

—Por ti, Sam —le dije a mi otro yo aséptico del espejo y acabé el bourbon de un trago.

—Aquí estoy —exclamó Bud como si regresara de las Cruzadas portando el Santo Grial.

Llevaba una coctelera entre los dedos y la movía con deliberada lentitud.

—¿Participas en algún concurso? —bromeé.

—¿Quieres apostar algo? —preguntó desafiante.

—¿Por qué no? Necesito el dinero. ¿Veinte dólares?

—Es razonable — aceptó Bud

Quitó la tapa de la coctelera, buscó una copa limpia y vertió el contenido azulino hasta que estuvo rebosante.

Entonces se permitió una sonrisa triunfal. Los colmillos de oro, cuadrados y más hundidos que el resto de su dentadura, destellaron por un instante, rubricando su alegría.

—No sólo es eficaz —dijo Bud—, sino que te gustará. Puedes confiar en mí.

Levanté la copa y estaba observando su contenido cuando vi a la mujer en el espejo.

Se había detenido nada más entrar en el bar y observaba a su alrededor eligiendo el sitio que ocuparía.

Me llamó la atención su cabellera leonada, como las que batían récords de taquilla en los filmes de la década de 1940. Había en ella, en su rostro joven y hermoso, la misma expresión —mitad sabia, un cuarto angelical y un cuarto audaz— que siempre me ha resultado inquietante. Tenía el cuerpo enfundado en un traje gris perla, con blusa de seda rosa, corbatín negro y medias que ensombrecían las maravillosas curvaturas de sus piernas.

Se alzaba como un vigía elegante desde la atalaya de sus tacones altísimos y oteaba el paisaje del bar como si esperara dar con las hordas enemigas.

En realidad lo supe más tarde, lo que pretendía hallar era una mano amiga y no al viejo Atila presidiendo su tropa rabiosa. Sólo que esa mano amiga debía ser... Pero bueno, eso forma parte de la historia.

—Un tipo duro como tú, Sam —se burló Bud ante mi actitud fascinada por la presencia de la mujer.

Bebí su pócima sin apartar mis ojos de su silueta expectante. Era

una delicia de mujer, por lo que uno deseaba adivinar en ella más que por su aspecto real que, de por sí, bastaba para agitar a un cadáver.

Terminé de beber la medicina azul y tuve que reconocer las bondades de Bud.

—¿Qué?

—Era muy sabroso, un buen cóctel. ¿Por qué no lo incluyes en la carta de bebidas?

—Muy gracioso. Te sentirás perfectamente en poco tiempo. Puedes estar seguro de ello y preparar los veinte pavos.

—¿La conoces?

—No, es la primera vez que aparece por aquí.

—¿Qué dirías de ella, Buddy?

Sonrió.

—Cuando me llamas Buddy es que necesitas un buen consejo.

—Eso es.

—Sam, tú eres el escritor, no yo.

—Pero tú eres el que lleva los colmillos dorados.

—Una chica inteligente. En mi opinión busca algo. No tiene el tipo de la alcohólica, pero sí el de los individuos que aguantan una docena de tragos. Tal vez... si, es posible que sea esposa adinerada harta de sorprender al marido con la secretaria en las rodillas.

—Es posible —admití, pero mi criterio no coincidía con el de Bud.

En realidad, padezco de deformación profesional y suelo hacer intervenir a los hombres y mujeres con que me cruzo en la calle en algún capítulo poco ortodoxo de mis novelitas de encargo.

Es un modo de vengarme, aunque sea yo solamente quien comprenda el significado de la venganza.

La mujer cruzó parte del salón, haciendo flamear su áura por entre las mesas vacías y consiguió que un par de beodos prematuros fijara sus pupilas desvaídas en su sinuosa geografía de hembra peripatética.

Se sentó en una banqueta a un par de metros de distancia de donde yo había anclado mi dolor de garganta.

—Discúlpame, Sammy —dijo Bud, recalcando el *Sammy* para que yo percibiera el dominio que ejercía sobre la situación.

—Un whisky doble —dijo la mujer antes de que Bud llegara a su lado.

Luego clavó sus pupilas en mi y percibí una honda vibración en mis huesos. Le agradecí la sensación, porque tengo cuarenta años y pocas oportunidades de experimentar estremecimientos a primera vista.

Alcé mi copa teñida de azul por la pócima de Bud y le sonreí.

Ella asintió durante un momento y luego desvió la mirada, como si estuviese acostumbrada a que los hombres la importunaran continuamente y se hubiese resignado a tamaña fatalidad.

Bud depositó ante ella una copa de cristal grueso.

—¿Cuánto le debo? —preguntó la mujer.

—Beba sin prisas, no tiene el tipo de las que se largan sin pagar

—bromeó Bud.

En un principio pensé que ella iba a pulverizarlo con el destello de sus ojos, pero no lo hizo, se limitó a sonreír y sacar un billete de su bolso de piel.

—Me gusta estar siempre lista para marcharme. ¿Me comprende?

—Desde luego —dijo Bud, cogiendo el billete y entregándole la vuelta.

—No quiero la vuelta, bébase una copa —dijo la mujer.

—A su salud —sonrió Bud.

—¿Por qué no? Créame que la necesito —replicó ella, repentinamente seria.

Bud regresó a mi lado y me sirvió otro bourbon.

Ella bebía a pequeños sorbos, sosteniendo la copa con ambas manos sin apartarla de sus labios, mirándose en el espejo como si hubiese dejado de reconocerse.

—Una muchacha extraña —comentó Bud.

—Una muchacha hermosa —dije yo.

En ese momento ella me dirigió una breve mirada, aunque no había podido escuchar mi comentario.

Me sentí envuelto en el calor de sus ojos, de modo que cogí mi copa y me senté en la banqueta que había a su lado.

—Si está esperando a alguien dígalos y me largo, de lo contrario me gustaría invitarla a una copa.

—¿Por qué?

—Tengo cuarenta años, dolor de garganta y un piso de mi propiedad al que llego trepando por una escalera exterior. También me gusta compartir un trago cuando alguien como usted bebe a mi lado. Si no es suficiente puedo buscar más explicaciones, pero no creo que nos lleven a ningún sitio. Lo mejor será improvisar.

Y sonreí.

Ella también sonrió, y me preguntó algo que yo no esperaba en ese momento.

Algo que me sorprendió.

—¿Ex jugador de *rugby*?

—Sí, ¿por qué?

—Mi marido también lo era —dijo bebiendo de su copa y mirándome a los ojos sin verme.

—¿Tiene una noche triste?

—Tutéame.

—¿Tienes una noche triste? —repetí.

—No, no especialmente, tengo una noche peligrosa.

Lo dijo con tanta naturalidad que estuve tentado de darme la vuelta para buscar al psicópata que le complicaba la vida.

Ella lanzó una breve carcajada.

Una carcajada nítida y burbujeante como el canto de un niño.

Sentí deseos de besarla.

Acabó su copa y llamó a Bud.

—Quiero otra copa, amigo —dijo.

—¿Es amiga de Sam? —preguntó Bud.

—¿Quién es Sam? —inquirió ella.

—Sam Casey —dije yo, tendiéndole la mano.

Ella observó un instante mi mano y luego la estrechó con fuerza y calidez.

—Manos de deportista —comentó.

—Sam fue un buen defensa —le explicó Bud sin que nadie se lo pidiera—, pero tenía demasiadas ideas propias para jugar en equipo.

—Es la historia de mi vida —dije, acabando mi trago.

Bud regresó con un whisky para ella y un bourbon para mí.

—¿Cómo está tu garganta? —preguntó.

Debo reconocer que me sorprendió su pregunta. Me había olvidado del molesto dolor de garganta, que, por otra parte, ya había desaparecido.

—Se ha ido —dije, palpándome el cuello como si buscara una secuela de la dolencia.

—Veinte dólares —dijo Bud.

Le pagué y miré a la mujer.

—Dime tu nombre. Tienes aspecto de llamarte Lorna, Deirdre, o Velma...

—Bess.

—Encantado de conocerte, Bess —dije.

Durante un instante ella nos observó con inusitada atención, primero a Bud y luego a mí.

Había un brillo intenso en sus ojos, como si se hubiesen enternecido por obra y gracia de un pensamiento que ella no se atrevía a asumir.

Me sentí emocionado por aquel gesto breve y profundo, tan desnudo y, a la vez, tan púdico.

—¿Podemos hacer algo por ti? —pregunté, incapaz de

contenerme y deseando que ella accediera a mi proposición de ayudarla.

—Tal vez... —dijo.

—¿Estás en un apuro? —preguntó Bud.

En su voz no había tanta amabilidad como en la mía. Bud era un veterano en las *lides de barra*, como él llamaba a las batallas que sostenía desde aquel sitio, enfrentado a multitud de bebedores con luchas privadas, todas diferentes, pero la mayoría de ellas reveladas cuando superaban la tercera o la cuarta copa.

Si, Bud era un veterano.

Y tal vez por esa razón no se dejó caer en el regazo de la muchacha. Por esa razón, y también porque Bud tenía sesenta años, una mujer robusta y complaciente a la que amaba y una experiencia larga en personajes encantadores que suelen esconder una carta maligna bajo la manga o... dentro de un escote generoso.

Yo tampoco soy un párvulo, y Bess me dio la impresión de ser una muchacha confiable.

Eso es, *confiable*.

—Será mejor que me vaya —dijo Bess—, Ha sido un placer conoceros, pero debo irme.

Sacó otro billete del bolso, pero Bud negó con la cabeza.

—Invitación de la casa —dijo.

—Gracias —respondió ella y me miró mientras descendía de la banqueta.

Normalmente soy un buen observador, incluso diría que gran parte de mi vida ha estado dedicada a mirar atentamente a mi alrededor, por lo que no me pasó desapercibida la chispa de ansiedad que palpitó un instante en el fondo de las profundas pupilas de la mujer.

—Te acompaño —dije y salté de la banqueta.

—No, yo... —comenzó a decir ella, mientras colgaba su bolso del hombro, pero en ese momento se abrieron las puertas del bar y entraron dos hombres.

Bess los miró rápidamente y se dirigió de prisa hacia el lavabo de señoras, en el recodo de la estancia, fuera de la vista de los recién llegados.

Los individuos no la vieron, incluso no parecían haber entrado allí para buscar a nadie.

Se acercaron a la barra, pidieron un par de cervezas a Bud, eligieron una mesa algo apartada y se sentaron con la espalda hacia la pared, observando el local y la puerta de entrada.

No había nada de especial en la elección de la mesa y tampoco lo hubo en el modo negligente con el que se desabrocharon las

chaquetas y se echaron hacia atrás los sombreros.

Parecían dos viajeros de comercio agotados tras una jornada difícil, pero yo sabía exactamente qué eran.

Y no me gustó comprenderlo.

Eran profesionales.

Matones profesionales de nuevo estilo. Es decir, no tenían aspecto de boxeadores, ni de fisicoculturistas prepotentes. Nada de eso. Eran tipos de físico cuidado sin alardes, duros y delgados. Tenían el rostro recio y manos grandes y fibrosas.

Miré mi reloj de pulsera y me incliné hacia Bud, que también había estado observándolos.

—¿Qué crees? —pregunté.

—No son amigos de la chica, Sam.

—¿Les has visto antes por aquí?

—No, pero son todos iguales. Les conozco a la distancia.

—Creo que esa muchacha va a tener inconvenientes para salir de tu local.

—No quiero problemas, Sam, pero tendremos que echarle una mano.

—Ve a preguntarle si...

—No, será mejor que lo hagas tú. Yo tengo que atender a mis clientes. Los dos cuartos de baño se comunican por el respiradero.

—Está bien —acepté, y me encaminé hacia el lavabo de caballeros.

Bud salió de detrás de la barra portando una bandeja con las cervezas y se dirigió hacia la mesa de los dos hombres.

Yo entré en el lavabo.

Cerré la puerta y me dirigí hacia el tabique que me separaba de la mujer.

—Bess, ¿te ocurre algo? —pregunté a la rejilla del respiradero.

—¡Sam! Yo...

—¿Quiénes son los matones?

—Tengo que salir de aquí. Creí que los había despistado, pero...

—No saben que estás aquí.

—Están tras mis pasos. Me han visto.

—No lo creo.

—Te equivocas, amigo —dijo una voz a mi espalda.

No le había escuchado entrar y si estaba allí era porque el otro estaba ocupándose de Bud. De lo contrario Bud me habría alertado.

No sonreía, pero tampoco parecía particularmente molesto por la situación.

Se sentía seguro detrás de la pistola. Una 45 es capaz de convertir a un hombre en algo difícil de asimilar por los estómagos

delicados.

—¿Me hablas a mí? —pregunté.

—No tenemos nada contra ti, amigo. Sólo queremos a la chica. ¿Qué te parece si te largas? Tu compañero, el barman, también te lo agradecerá. ¿Entiendes a qué me refiero?

Hablaba educadamente, sin ninguna expresión en particular. Se limitaba a largar el mensaje. Yo podía aceptarlo y marcharme de allí o cometer algo que, a su juicio, sería necesariamente una estupidez.

Yo cometí esa estupidez, sólo que lo hice deliberadamente.

—Entiendo, pero tengo algunos caprichos. La muchacha es amiga mía.

—Ella no tiene amigos, ya no le queda ninguno —dijo el tipo.

Sostenía la 45 con firmeza, pero no me apuntaba directamente. Ese detalle acababa de perfilar su condición de profesional. No hacía alardes, ni amenazaba con excesiva furia.

Era frío como la lágrima de un pez.

—Hablemos del asunto —propuse.

El movió la cabeza, negativamente.

Era un poco más bajo que yo y seguramente diez años más joven, pero con la experiencia suficiente como para darme mucho en qué pensar.

Pensé que no estaría de más que Bess hiciera algo en mi favor. Y lo hizo.

Se limitó a dar un portazo con la puerta de su lavabo. Un portazo cuyos ecos retumbaron en el corredor exterior.

Fue un instante, pero el matón volvió la cabeza. Cometió un error, pero él no pensaba que yo podía comportarme de un modo belicoso. A mi modo, yo también era, o mejor, había sido, un profesional.

Salté hacia él y le di un puntapié frontal en la muñeca. No solté la pistola, pero el brazo se flexionó y lo alcanzó con el cañón en la nariz.

Yo no confiaba sólo en aquel acto reflejo, de modo que le hundí mi puño derecho en el estómago y a continuación cogí la mano armada, le retorcí el brazo y me hice con la pistola. Cuando la tuve en mis manos volví a golpearlo, esta vez con el codo y exactamente detrás de la oreja.

Se desplomó sin sentido, pero yo ya no le prestaba la menor atención.

Me dirigí hacia la puerta y la abrí con precaución. La muchacha no estaba en el pasillo.

Entré nuevamente en el lavabo.

—¿Bess?

—¡Gracias a Dios! —dijo desde el otro lado del tabique.

—Buena idea la del portazo.

—No sabía si aprovecharías la ocasión.

—Voy a salir. El otro está con Bud.

—Ten cuidado, son peligrosos.

—Luego me dirás qué es lo que ocurre. ¿De acuerdo?

No aguardé su respuesta, crucé la estancia y salí al pasillo.

Bud estaba sentado a la mesa del otro hampón, de espaldas a mí.

El hampón tenía los brazos ocultos por la mesa y no me costó ningún trabajo imaginar el cañón portátil con el que había dominado a Bud.

CAPITULO II

Saqué un cigarrillo, me lo puse entre los labios y encendí el mechero mientras avanzaba hacia la mesa.

El dolor de garganta había desaparecido y sonreí a la espalda de Bud, mientras introducía la mano en el bolsillo de la chaqueta para dejar allí el mechero.

Ya estaba junto a la mesa cuando detecté la mirada ligeramente estupefacta del matón.

En realidad, estaba aguardando que su compañero trajera a la belleza de cabellera leonada y no que apareciera yo con mi sonrisa de los domingos de sol.

Estaba a su lado cuando saqué la mano del bolsillo portando la pistola.

Todo cuanto tuve que hacer fue apretar el cañón contra el rostro del hombre.

—Dispara y te vuelo los sesos —dije con serenidad.

Bess apareció entonces y miró la escena desde una distancia prudente, junto a la barra.

—Deja caer el arma, quiero oír el sonido cuando dé contra el suelo —dijo entonces.

El tipo dudó un instante, que aproveché para arañarle la mejilla con la mira de la 45 y entonces soltó su arma

Bud se inclinó y recogió un Smith & Wesson del 38, como los que utiliza la policía.

—La chica... —dijo Bud.

Me volví.

Bess abrió la puerta y desapareció.

-Bud...

—Ve tras ella, puedo hacerme cargo —dijo, y yo salté tras los pasos de la muchacha.

Cuando llegué a la calle una llovizna helada tapizaba brillantemente el mundo exterior.

Bess corría por la acera, sin mirar hacia atrás, seguramente en busca de un taxi.

—¡Bess! —grité.

Dudó un instante, luego prosiguió la carrera, atravesó la calle y por fin se detuvo en la siguiente esquina.

La alcancé en seguida y la obligué a mirarme.

—No tienes modales —dije con dureza.

—¿Conoces algún sitio en el que podamos sentarnos un par de horas sin tener que mirar por encima del hombro?

—¿Mi casa?

—¿Por qué no?

—Está bien, no se encuentra muy lejos.

La cogí por un brazo, delicada pero firmemente, y anduvimos bajo la lluvia durante los siguientes quince minutos hasta llegar al callejón del que partía mi adorada escalera exterior, de madera crujiente, y que vinculaba el mundo terrenal con el ático de las ilusiones, el sitio donde vivía, bebía y me ganaba la vida; el sitio en el que de vez en vez aparecía alguna mujer complaciente y poco pretenciosa para compartir la cama, las sopas ensobradas y el bourbon.

Vivo en Westchester, sobre el océano, lejos de Manhattan y también cerca de la isla neoyorquina donde parece que el mundo contemporáneo entra en ebullición arrastrado por todas las corrientes de moda.

Mi ático era un piso pequeño en la cumbre de un edificio que en otras épocas albergaba a una familia de las que crean dinastía. Ahora había sido dividido en multitud de pisos pequeños y yo había alojado mi máquina de escribir en una habitación abohardillada, dividida por una arcada y que se abría a una terraza desde la cual podía respirar el aire salobre del Atlántico.

Además, podía llegar hasta mi ático por la escalera exterior sin necesidad de eludir los reclamos de la fauna que ocupaba el resto de la casa compartimentada.

Abrí la puerta y me hice a un lado para dejarla pasar.

Encendí la luz y arrojé la chaqueta mojada sobre una silla.

—Hay alguna ropa que puedes usar en ese armario; los enfriamientos de principios del otoño tienen mal pronóstico —dije mientras encendía el gas de la pequeña cocinilla para calentar el ambiente y preparar el café.

A lo lejos, justo sobre la línea invisible del horizonte, estalló un trueno y dio la voz de largada para una lluvia torrencial que repicó sobre los cristales del ventanal.

—Una noche de perros —dijo ella, quitándose la chaqueta y la falda.

Tenía piernas cinematográficas, suficientemente perfectas como para permitir llevar medias con costura y acelerar el ritmo cardíaco de cualquiera que se precie de tener algo de imaginación.

Antes de quitarse la blusa color rosa me dirigió una rápida mirada. Era consciente de su atractivo y no podía hacer nada para neutralizarlo.

—Haré café —anuncié, dándome la vuelta.

—Prefiero una copa —dijo.

Me volví y comprobé que mi sistema hormonal continuaba

intacto.

Llevaba una lencería infartante que observé detalladamente, sin ninguna prisa.

Me dio la espalda para buscar en el armario alguna ropa seca y comprobé que tenía unas nalgas altas y duras, una espalda recta y dorada y, al volverse, dos senos olímpicos, sostenidos innecesariamente por el diminuto corpiño blanco.

Se puso unos pantalones de dril, azules, que había abandonado allí una vieja conocida, amiga de las ceremonias de interior, y que le quedaban perfectos. Luego eligió una camisa masculina, amarilla, de grandes bolsillos.

Se acercó descalza y me besó con sencillez en los labios.

—Gracias por todo, Sam.

—La botella está debajo de la cama —indiqué.

Encontró la botella y también un par de tazas. Sirvió dos generosas raciones de bourbon y me entregó mi dosis.

—¿Qué hay de esa historia? —pregunté.

—¿Se puede saber de qué vives?

Bebió con lentitud, sin dejar el tazón, sosteniéndolo con ambas manos, igual que hiciera en el bar de Bud.

—Soy escritor. Periodista.

—¿Ex *rugbier*?

—Eso es. Soy un antiguo jugador de rugby y también de *foot-ball* americano.

—Sí, reconozco el tipo.

—Ya, te recuerdo a tu marido.

—Tal vez.

—¿Cómo es que te ha dejado sola por el mundo y perseguida por dos niños duros?

—Porque está muerto —replicó sin ninguna emoción.

—Lo siento por él si tú lo sientes —dije.

Ella percibió mi tono ligeramente sarcástico. Estaba comenzando a irritarme y no sabía exactamente por qué.

—Beberé mi copa y me marcharé. Te dejo mi ropa a cambio de ésta.

—Está bien —acepté.

Deseaba que se quedara, pero no iba a retenerla por la fuerza.

Fue hasta el ventanal y miró durante algún tiempo el océano que se embravecía como un toro de lidia azuzado por los relámpagos.

—¿Qué es lo que escribes?

—Te contaré brevemente la historia de mi vida. Fui reportero en Vietnam, me hirieron al cabo de tres años y regresé a Nueva York. Escribí en varios periódicos, como independiente, y trabajé de detective privado para una agencia. Ahora vivo de estas novelas

de aventuras que ves apiladas allí, junto a la mesa. De vez en vez me publican algún artículo. Eso es todo.

—Un aventurero —dijo.

—No se me había ocurrido definirme de ese modo, pero tal como tú dices, sí, una especie de aventurero.

—Te mostraré algo, aventurero.

Pero no se movió.

Continuó mirando la tormenta durante un minuto largo y luego se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia el sitio en que había dejado su bolso.

Lo abrió y dejó caer sobre la mesa varios fajos de billetes. Allí había más de quinientos mil dólares.

—Has ahorrado mucho, ¿verdad?

—Jerry se quedó con este dinero.

—¿Jerry?

—Mi marido.

—Y ellos, quienes quiera que sean, van detrás del dinero —dije sin necesidad de exprimirme el cerebro.

—Green que lo tengo todo.

—¿Es que hay más?

—Hay dos millones de dólares, Sam.

—¿Los tienes tú?

—No, ni sé dónde están.

Le creí. Simplemente creí en lo que me decía. Pero ellos, sus perseguidores no se tragarían la píldora

Ella adivinó mis pensamientos.

—Es cierto —dijo—, no es fácil de creer.

—Jerry te dejó una buena herencia, ¿qué piensas hacer?

—Necesito ayuda.

—Eso ya lo sé.

—Si aceptas ayudarme seremos socios —ofreció.

—Al cincuenta por ciento del mismo ataúd —le espeté, haciendo gala de mi excelente humor negro.

—No, de estos dólares. Son de Jerry, es su parte y, por tanto, ahora son míos.

—Antes dijiste que Jerry se había quedado con ellos.

—Exacto. Porque le pertenecían. El millón y medio restante ha desaparecido. Ellos piensan que Jerry lo ocultó en algún sitio.

Me quité el pantalón, los calcetines y los zapatos.

Meneé la cabeza, me quité la camisa y arrojé toda la ropa húmeda al canasto de la tintorería.

—Me daré una ducha. Si cuando salgo todavía sigues aquí, interpretaré que has decidido contármelo todo desde el principio. ¿Te parece lógico?

No respondió, se limitó a volverse y mirar el océano a través del ventanal.

Antes de que entrara en el cuarto de baño me llamó.

—¿Sam?

—Dime.

Recorrió mi cuerpo ataviado solamente con el slip elástico y sonrió.

—Tienes buen tipo a pesar de los cuarenta abriles.

—Me conservo gracias a mis pesadillas —respondí—, no me dejan dormir y me obligan a beber. Creo que tú comienzas a pertenecer al arsenal de mis pesadillas.

—Eso tiene arreglo —sonrió.

Entré en el cuarto de baño y abrí el agua caliente. Me di una ducha hirviente y otra helada. Cuando salí, envuelto en una toalla, ella continuaba allí, pendiente del diseño de la tempestad en la madrugada.

Me senté en la cama y encendí un cigarrillo.

Ella se volvió hacia mí.

—Está bien —dijo—, comenzaré por el principio.

Y en ese momento sonó el teléfono.

—Soy Bud.

—Me alegra oír tu voz, amigo.

—Llamé a la policía y les entregué a la parejita. Vino Murdock, ya sabes quién es. Me debe algunos favores de los viejos tiempos, cuando los dos trabajábamos en el Bronx.

—Sí, lo recuerdo.

—Bien. Se los llevó sin hacer preguntas. Le dije que estaban alborotando con la artillería pesada.

—¿Y?

—Acaba de llamarme por teléfono. Esos dos pájaros son peligrosos. Pertenecen al Sindicato.

—Ya

—¿Te dice algo el nombre de Morrell?

—Me dice.

—Magnífico —exclamó Bud sin ninguna alegría—, porque los chicos trabajan para Morrell.

—¿Tendrás problemas, Bud?

—No lo creo. No les intereso y, además, no se meterán con un ex policía. Se crearían más problemas de los que resolverían.

—Entiendo.

—No le hablé a Murdock de la dama.

—Está conmigo.

—Parece buena chica, compañero, pero no te fíes demasiado. Ese Morrell tiene un historial que incluye hasta el robo de sonajeros.

—Descuida, Bud, y gracias.

—Puedes contar conmigo, Sam.

—Lo sé.

Corté la comunicación.

No había mirado a Bess mientras hablaba, por lo que me sorprendió su tono pálido y expectante.

—¿Qué ha dicho?

—Por ahora estamos seguros. Háblame de Jerry y no olvides mencionar a Morrell. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Se sentó en la cama, apoyó la espalda contra una almohada y miró con fijeza el bourbon de su copa.

—Lo primero que deseo que sepas es que Jerry y yo estábamos separados. Era un hombre muy especial.

—Debió serlo si tú te enamoraste de él —dije en plan halagador, para llevarla a un terreno más cómodo.

Bess sonrió de un modo enigmático y dijo algo que resultó muy perturbador.

—Te daré una sorpresa antes de lo que tú supones, Sam.

—Me gustan las sorpresas.

—Jerry fue un buen jugador de *foot-ball* americano y durante algunos años ganó mucho dinero. Fue en esa época cuando yo le conocí, pero no comenzamos a ver- nos en plan sentimental hasta algún tiempo después, cuando la cuestión de Vietnam había convertido la vida de todo el mundo en algo vergonzoso. ¿Sabes a qué me refiero?

Sí, lo sabía, de modo que me limité a asentir.

Se echó el cabello hacia atrás con un gesto completamente natural, pero que contribuyó a que yo fuese todavía más consciente de su presencia en mi cama.

Tengo esa cualidad... o ese defecto. Siempre soy consciente de la presencia de una mujer: si es bella porque me anima y si es fea porque me desanima.

—¿Tienes un cigarrillo?

Le ofrecí la cajetilla y encendimos los pitillos.

—Cuando terminó la temporada, el año no tiene importancia, Jerry comenzó a trabajar como entrenador de un equipo del medio oeste. Durante los primeros meses pareció adaptarse a su nueva vida, pero no duró demasiado.

—¿Ya estabais casados? —pregunté.

—Sí.

—Continúa, por favor.

—Fue entonces cuando comenzó a cambiar. Salía por las noches y regresaba muy tarde. En ocasiones entraba en mi dormitorio

como un sonámbulo, atiborrado de alcohol y con un humor de perros.

—¿Era violento?

—Sí, pero no conmigo. Jamás me pegó.

—¿Qué le ocurría?

—No quería hablarme de lo que estaba pasando, era como si deseara mantenerme al margen.

—Entiendo.

Ese tal Jerry no resultaba tan mala persona, al fin y al cabo. En realidad, me caía bastante simpático.

—Una mañana tuvimos una pelea terrible. El se negaba a explicarme la razón de su conducta, aunque yo sabía que tenía mucho que ver con su alejamiento del equipo. Para un jugador profesional significa mucho dejar el equipo, la afición, el club; en fin... tú debes conocer el paño.

—Lo conozco —dije, aunque en mi caso el alejamiento había sido idea y decisión mía, exclusivamente mía.

—Después de aquella pelea lo abandoné. Cogí mis cosas, mi coche y le dejé una nota. Yo tenía mi propio trabajo y mis propias convicciones.

Observé la firmeza de su expresión y no me cupo la menor duda de que tenía sus principios.

Me incliné, busqué la botella de bourbon junto a la cama y me serví un trago. Ella no quiso beber más.

—Me buscó varias semanas más tarde, parecía cambiado, extrañamente cambiado.

—Pero tú no regresaste con él, ¿verdad?

—No, no lo hice. Le costó trabajo comprenderlo, pero había dejado de amarlo.

—Un duro golpe.

Me miró para detectar alguna ironía en mi expresión, pero no halló ninguna, de modo que prosiguió su relato.

—Me dijo que no me preocupara por nada. Estaba en un negocio muy importante, que le proporcionaría dinero, más dinero del que podría gastar en el resto de su vida.

—Un negocio sucio.

—Sí, pero no me dio ningún detalle entonces, se limitó a asegurarme que en el futuro ya no tendría que preocuparme por nada. Insistió mucho en este punto.

—¿Y tú? ¿Qué le dijiste?

—Que no necesitaba dinero. Tenía mi trabajo y podía salir adelante sin mezclarme en nada turbio.

Eran ya las tres de la madrugada y sentí la boca seca por el exceso de bourbon. Miré mi reloj pulsera otra vez y me dije que tenía

que acabar con mi pequeña novela quincenal o tendría problemas al día siguiente.

Ella adivinó mis pensamientos.

—Supongo que la historia no te interesa, ¿verdad?

—Sí, me interesa mucho. Además, me has prometido una sorpresa. Pero mañana he de entregar un trabajo. Me gano la vida como todo el mundo.

—Seré breve. Seis meses más tarde, Jerry apareció en mi apartamento. Tenía un aspecto terrible. Había perdido varios kilos y su piel revelaba un color cetrino. Sólo su humor parecía inalterado. Era feliz. Al menos, parecía exultante.

—Ya había dado el golpe —dije yo.

—Me dejó un maletín. Había mucho dinero, cuatrocientos cincuenta mil dólares. Me dijo que necesitaba cincuenta mil dólares para acabar sus días con mucha clase.

—¿Estaba enfermo?

—Le quedaba un mes. Estaba enfermo, muy enfermo, cuando dejó el *foot-ball* y también cuando bebió hasta la desesperación sin atreverse a confesarme su problema.

—¿Te sentías culpable?

—Al principio, sí. Pero luego comprendí que había dejado de amarlo porque él había cambiado. Si fue la enfermedad lo que le obligó a cambiar, él no me lo hizo saber entonces. No puedo avergonzarme por una actitud que tomé de acuerdo a lo que estaba ocurriendo. No soy adivina, Sam.

—¿Qué ocurrió luego?

—Me quedé con él, a su lado, mientras estuvo internado en el hospital. No quiso morir allí. Alquilé una casita en la playa, según sus deseos, y murió junto al mar.

—Lo siento.

Y cuando dije aquella frase de rigor, supe que había algo más en toda la historia. Algo que tenía mucho que ver conmigo, pero que me era imposible descubrir.

Bess revolvió su melena y un botón de la camisa se desabrochó permitiendo una panorámica dorada y tibia de sus pechos.

—Al día siguiente de su muerte un abogado me entregó una carta. Vino personalmente y me la entregó en la mano. Había sido una decisión expresa de... Jerry.

—¿Un asalto?

—La sucursal de Nueva Jersey, el famoso «Atraco a la Sucursal» de hace exactamente un año.

—Un buen trabajo —comenté.

—En la carta, Jerry me explicaba que el dinero que me había entregado era suyo. Que lo había robado para los dos y que no me

preocupara por la ética. Era dinero robado de varias cajas de seguridad que pertenecían a la Organización.

—¿El Sindicato?

—¿Acaso no es lo mismo?

—S, tal vez lo sea —admití.

—Dinero negro, no declarado, producto de negocios sucios —declaró la muchacha, mirando el cristal oscurecido y relampagueante de la ventana.

—Un buen golpe —dije—, un golpe que sólo parece ocurrir en las películas policiales.

—Viajé —prosiguió ella, siguiendo el hilo de sus recuerdos—. Tenía mi pasaporte, de modo que abandoné mi apartamento con todo lo que tenía adentro y renuncié a mi trabajo. Cogí un avión y luego otro y más tarde otro más. Compraba lo que necesitaba allí donde me detenía y luego continuaba mi andadura. Tenía dinero y muchas cosas en qué pensar. Hasta que un día regresé a Nueva York.

—Y es en este punto cuando aparece Morrell.

—Exacto.

—¿Qué deseaba?

—Un millón y medio de dólares que, según él, Jerry le había estafado.

—Interesante.

—Me dijo que había estado buscándome y que me daba una semana para buscar el dinero. Le expliqué que yo no sabía nada, pero se limitó a sonreír. Estuve huyendo de él, pero tarde o temprano iban a cogerme, de modo que decidí acudir a ti.

La miré con estupefacción.

Ella dijo:

—Jerry... Su verdadero nombre era Rolland Mahillt.

CAPITULO III

Confieso que aquella sorpresa fue demasiado chocante. Rolland y yo habíamos sido amigos, verdaderos amigos. Ignoraba que hubiese muerto, aunque cuando dejamos de vemos él ya se comportaba de un modo extraño. Hada varios meses, tal vez un año, había recibido una carta de su puño y letra, por la que deduje que estaba atravesando un período negro. La carta contenía algunas frases que en otra persona podrían resultar melodramáticas, pero que en Rolland indicaban cruelmente el patetismo de su situación.

Además, yo conocía a Rolland y estaba en condiciones de comprender incluso su patetismo.

Ahora, a la luz de todo cuanto Bess me había dicho, podía rehacer con mayor precisión una etapa de Rolland que desconocía. Todo cuanto sabía de él, antes de aquella última y patética carta, era que se había casado con una mujer especial.

Bess era la mujer especial, sólo que su nombre era otro.

Durante varios minutos, mientras recordaba todo esto, ella desapareció de la habitación, de la cama y de mi memoria, apartada por la mano inmisericorde de los recuerdos más profundos: Rolland y yo en el colegio, en el primer equipo de *football*, en las primeras reuniones de amiguets, saliendo jumos con las primeras chicas, probando las primeras copas, defendiéndose mutuamente en las mismas grescas, yendo a la universidad codo con codo, jugando como profesionales en el mismo equipo también codo con codo, convirtiéndonos durante varias temporadas en un tándem insuperable para la afición de medio país.

Sí, él y yo habíamos sido como siameses, hasta que saltó lo de Vietnam y nos separamos.

A partir de nuestro regreso de Indochina, sólo fuimos dos personajes recordados por medio de cartas cada vez más esporádicas. El afecto continuaba intacto, pero la vida nos había empujado a rincones diferentes.

Miré a la muchacha y me sentí estúpidamente culpable de tenerla conmigo ahora que Rolland Mahillt había muerto... porque yo sabía que había forzado su separación, que había fingido cambiar para que ella tomara la iniciativa de abandonarle antes de que fuese demasiado doloroso. Rolland debía estar muy enfermo ya cuando regresó de aquella guerra inmundada.

—Tu nombre es Dyan —dije.

Ella bajó la mirada hasta podría en sus pies desnudos.

—Eres tal como Rolland te había pintado. ¿Por qué no me dijiste quién eras en el bar de Bud? ¿Por qué tanta comedia?

—Si hubiese estado segura de que sería una comedia tal vez te hubiese contado toda la historia en el bar. Pero no es una obra agradable, es un drama.

—¿Qué pretendías?

—Comprobar que continuabas siendo el mismo hombre que Rolland admiraba.

—Sin embargo, te escapaste del bar. ¿Y si yo no te hubiese seguido?

Se limitó a sonreír.

—Tarde o temprano hubiésemos vuelto a encontrarnos, ¿no lo crees así?

—Sí, lo creía así, de modo que cogí la botella y me serví una buena ración.

Había tomado más de la cuenta, pero no sentía ningún efecto; el dolor súbito suele volver sobrios y lúcidos a los tipos más borrachos.

En ese momento tenía una gran confusión en mi privilegiado cerebro y, por lo tanto, no me resultaba sencillo ordenar los recuerdos y armonizarlos con la presencia de Dyan en mi cama con el pecho semidesnudo, la novela que debía terminar para el día siguiente y su relación con aquella fortuna de cuatrocientos cincuenta mil dólares que había encima de la mesa.

—Tengo que convencer a Morrell —dijo ella.

—Estupendo.

—Tiene que creerme. Yo no tengo la menor idea de dónde está el millón y medio de dólares que él asegura que Jerry... —su rostro, por primera vez, se ruborizó cuando incurrió en el error casi sacrílego de llamar a *mi amigo* con el alias humillante, pero se rehízo en seguida y añadió—: que Rolland le robó.

—¿Y tú?

—¿Yo? —preguntó.

—Sí, ¿qué piensas hacer con ese dinero? —y señalé los fajos bien ordenados, como un pasaporte para el paraíso soñado.

Y entonces, contra todo pronóstico, Dyan lanzó una carcajada hermosa, juvenil y diáfana como si festejara el advenimiento de la primavera.

—Te he ofrecido la mitad de ese dinero —dijo, todavía sonriente.

—Muy gracioso.

Súbitamente, su rostro abandonó la sonrisa y se convirtió en una máscara seria y reflexiva.

—Voy a quedarme con él —añadió fríamente, sin emoción alguna en el tono de su voz.

—Estás loca.

—Sí, estoy loca. Tan loca como para comprender finalmente lo que Rolland verdaderamente pretendía con su gesto.

Encendí un cigarrillo y le di tiempo.

—Lo he pensado mucho y por fin lo vi absolutamente claro. Estaba enfermo y condenado, de modo que me obligó a odiarle, hizo que su presencia me resultara insoportable y cuando le dejé, fue el triunfo más doloroso que consiguió desde que me hizo su mujer.

—Lo sé —dije, pero ella no pareció oírme.

—El hizo que me apartara de su lado, que dejara de amarlo y lo consiguió. Dejé de quererlo, y saber que lo planeó todo para que yo no sufriera no me hacer volver a amarlo. Es un capítulo cerrado. Robó para mí, para que yo cumpliera con los sueños locos que teníamos al principio, cuando idealizábamos una vida de viajes, al sol, sin preocupaciones por el maldito dinero. Y aceptó participar en el robo.

Me miró desafiante.

—No, Sam, no tengo la menor intención de devolver el dinero. Ese dinero es la obra de Rolland.

—Tienes razón.

—¿Lo comprendes?

—Sí, lo entiendo.

—Si lo devolviera, sería traicionarlo, dar la espalda a todo su plan. Voy... vamos a quedarnos con él.

—De acuerdo —convine, absolutamente convencido de que llevaba toda la razón del mundo.

A la mierda con Morrell.

—Ahora debo trabajar —dije—, y mañana iré a ver a Morrell.

Se estremeció y se inclinó hacia mí para coger mi mano.

Vi los animales vivos y calientes de sus pechos y sentí su perfume de mujer.

No sé qué me ocurrió entonces, pero la cogí por el cuello, la atraje con violencia y la besé en la boca con una fuerza desesperada, con violencia, como si deseara atravesar el fantasma de Rolland que seguramente ella también detectaba entre su piel y la mía.

Se apartó para mirarme.

Tenía el rostro arrebolado, la respiración agitada y la piel ardiente.

Me abrazó y buscó mis labios con la misma premura que yo deseaba transmitirle.

—Está bien —dije, separándola—. Tengo que terminar mi trabajo. No se ofendió, sino que pareció divertirse con aquella declaración.

Miró la montaña de dinero y comprendí que si íbamos a compartir semejante fortuna era absurdo que abandonara la calidez y la promesa de su cuerpo por una novela de quinientos dólares, de la que ya había cobrado el cincuenta por ciento.

Pero todos tenemos nuestros principios y nuestras obsesiones.

—Prepara algo de comer —dije—, será una noche larga contigo en mi cama.

Me acarició la mejilla y fue hasta la cocinilla para ver qué podía improvisar para la ocasión.

Me senté frente a la máquina de escribir y durante un momento traté de recordar de qué diablos iba aquella novela. La sentía moverse en mi espalda, haciendo sonar los cacharos de la pequeña cocina y arrastrando los pies desnudos.

Hada mucho tiempo que no experimentaba un desasosiego tan profundo por una presencia femenina y debo decir que me sentía excitado y satisfecho por aquella modificación en mi vida quieta.

Me metí de lleno en la aventura que estaba escribiendo, más satisfecho que nunca.

Sentía mi piso lleno, lleno de Dyan.

Media hora más tarde depositó a mi lado un plato de judías, jamón y huevos, una copa de vino y un tazón de café.

—¿Tú no comes? —pregunté.

—Prefiero mirarte —dijo.

Engullí todo con apetito y regresé a mi máquina de escribir. Ella permaneció leyendo una a una las curillas que iba terminando, hasta que el sol despuntó en medio de los latigazos de la tormenta y la novela llegó a su fin.

Le sonreí y fui a ducharme otra vez.

Me vestí delante de ella, recogí la novela y la besé en los labios con ternura.

—Ven —le dije—, te invito a desayunar.

—¿Qué hacemos con el dinero?

—Creo que lo mejor será meterlo en una caja de seguridad.

—Sí, parece una buena idea —sonrió, pensando seguramente en que de una caja parecida había sido robado pocos meses atrás.

Se quedó con cinco mil dólares y me miró.

—No necesito dinero —dije—, y además no sé todavía si aceptaré tu propuesta.

—¿No vas a ayudarme?

—Sí, pero no estoy muy seguro de querer una parte de esa fortuna.

—Muy bien —aceptó.

En cuanto abrió mi banco alquilé una caja de seguridad y deposité allí los dólares. Al salir introduje la autorización para

poder recuperarlo, expedida a nombre de Dyan Turner y Samuel Casey, en un sobre y escribí en él la dirección de mi editor, en Manhattan. Sólo cuando eché el sobre al buzón de correos me sentí ligeramente mejor.

—Tengo hambre —dijo Dyan.

—Bien, te mereces un buen desayuno. A fin de cuentas has estado velando mi talento durante toda la noche.

—Escribes con mucha facilidad, es una pena que debas hacerlo por encargo.

—Me gusta. No tengo la responsabilidad de demostrar mi verdadero talento con obras geniales —bromeé, aunque había algo de cierto en el asunto.

—Si tuvieras dinero suficiente podrías intentar escribir algo que verdaderamente te importara.

Capté su insinuación del mismo modo en que un mono hambriento se ilusiona con un plátano.

—Pensaré en ello si dejas de presionarme, Dyan.

Sonrió y se colgó de mi brazo.

Llovía tenuemente cuando llegamos al bar de Bud. Dimos la vuelta por el callejón y golpeé en la puerta de su casa, contigua al local. El rostro de Bud apareció en la ventana como el de un espectro abotagado.

—¿Dónde está Marthe? —pregunté.

—En el mercado.

—Dime, ¿cómo puedo hallar a Morrell?

—Pregunta en la cárcel, en cualquier cárcel —replicó Bud y sus colmillos cuadrados de oro festejaron brevemente su humorada.

—Dime un nombre, compañero, y te dejaré regresar a la cama

—Es una mujer verdaderamente hermosa —dijo Bud mirando a Dyan—, lo sé debido al aspecto glorioso que tiene por la mañana.

—Gracias, Bud —dijo ella.

—Hay un restaurante nuevo en Brooklyn, el Dorset.

—Gracias amigo.

—Si quieres un consejo, no lles a la muchacha.

—Iré con Sam —declaró Dyan.

—¿Te acompaño?

—No, Bud, luego te explicaré todo el tinglado.

—Una última advertencia, Sam...

Bud cerró la ventana, abrió la puerta y cruzó los brazos para que el frío de la mañana no atravesara su pijama

—...si has de acudir a la policía, habla con Murdock de mi parte. Puedo llamarle.

—Tal vez no sea necesario.

—Creo que te equivocas, pero, como siempre, harás las cosas a tu

modo.

—Te llamaré luego, Bud.

—Tened mucho cuidado.

—Hasta luego, amigo.

Dyan dio un paso hacia el barman y lo besó en la mejilla barbada. Bud sonrió y cerró la puerta.

* * *

El taxi nos dejó frente al Dorset.

Era un edificio gris con altas ventanas acristaladas y pequeños toldos individuales recogidos en sus bastidores metálicos. Una enredadera trepadora procuraba sobrevivir a la embestida del otoño y confería un aspecto digno y señorial a la fachada húmeda de lluvia.

Delante del edificio, un gran jardín-aparcamiento hablaba de clientes pudientes, amantes de una cierta intimidad y dispuestos a pagar por ella y por la escenografía que rodeaba esa intimidad.

Yo conocía infinidad de sitios parecidos, de mis épocas de periodista independiente, cuando perseguía a algunos hampones vinculados a la droga y la trata de blancas, actividades ambas suficientemente lucrativas como para comprar gobiernos, políticos y generales de varias estrellas, razón por la que no parece del todo justo arremeter contra el camello de a pie solamente como un modo de aparentar que su lucha contra dos de los negocios más sustanciosos y criminales de este deteriorado siglo XX.

Cerré el cuello de mi gabardina y pasé un brazo sobre los hombros de Dyan. Ella vestía como la noche anterior, con el pantalón de dril y la camisa de corte masculino. Yo le había prestado un jersey de tejido muy abrigado, rojo como la sangre, y ella calzaba sus zapatos de tacones altos que, por extraño que parecía, le sentaba estupendamente. Se cubría de la lluvia con un *anorak* hallado en mi armario de las sorpresas y, de no encontrarnos en una situación poco prometedora, podríamos pasar por una pareja de actores aficionados en busca de nuevas ganas de vivir.

Palpé la pistola del calibre 45 que llevaba apretada sobre los riñones y empujé el doble portón que impedía la entrada al jardín-aparcamiento.

Había dos coches frente a la entrada principal. Un Cadillac gris

metalizado dentro del cual se podía jugar con comodidad una partida de póquer y, un poco alejado, un Jaguar deportivo color granate con una capota blanca.

Supuse que en los garajes posteriores se hallarían los automóviles de los matones de Morrell.

La puerta se abrió y apareció un tipo alto, delgado y con un rostro muy atractivo.

Detrás del volante del Cadillac, a buen resguardo de la llovizna, un chófer leía un periódico deportivo.

—Mi nombre es Casey —dijo al buen mozo—. ¿Está visible el amo?

El tipo sonrió y el chófer lanzó un escupitajo por la ventanilla del Cadillac. El gesto de asco del galán ante tamaña grosería fue algo digno de verse. Pensé utilizarlo en alguna de mis novelas y fue entonces cuando descubrí que era imposible que Morrell nos creyera lo que íbamos a decirle.

Unos minutos antes, cuando hice detener el taxi para dejar mi original en la redacción de la editorial, estaba seguro de poder convencerle.

Ahora tenía la certeza de que aquella convicción mía no era más que una fantasía provocada por mi eterna deformación profesional: las novelas de aventuras no son como la vida, la vida es siempre peor.

—Hola, Dyan —dijo el galán.

—Su nombre es Troy Mangle —dijo Dyan sin mirarme—, vino con Morrell el día en que comenzó la historieta.

Me gustó su modo de mirarlo. Era una mujer dura y decidida, y me sentí mejor. No deseaba un ataque de histeria en la cueva de los malos.

Cogí a la muchacha por el codo y ascendimos juntos los ocho escalones de piedra que nos separaban de la puerta principal y del adonis.

Mangle llevaba una bata china sobre el pantalón, la camisa y la pajarita de un smoking blanco.

Busqué al pianista de Casablanca, pero no pude hallarlo.

Troy Mangle se hizo a un lado y nos invitó a entrar. Llevaba una loción sutil y ostentaba la sonrisa perfecta como un instrumento de combate.

—Estás preciosa, Dyan —dijo con una voz susurrante en la que detecté más obscenidad que el ataque de un maníaco sexual.

—Guárdate la galantería, muñeco —le espeté, comenzando a experimentar una vieja furia, la misma que me había convertido en un jugador belicoso e individualista, para mal del equipo.

Torció la sonrisa.

—Debías haber venido sola, criatura. Llegaremos a un acuerdo satisfecho, puedo asegurártelo —dijo el galán, inclinándose hacia Dyan acompañado por su perfume.

Estiré un brazo, lo cogí por la pajarita y le apreté el cuello.

Lanzó un gemido ahogado y me propinó un *jab* corto al estómago. No lo sentí; la furia me endurece los abdominales y el muñeco llevaba su musculatura conservada en saunas.

Mi golpe en su estómago lo conmovió. Su rostro se puso rojo como el Jaguar del exterior y comenzó a atragantarse. Lo empujé con violencia hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Ya está bien —dijo una voz.

Me volví para encararme con el matón del lavabo del bar de Bud.

—¿Crees que será posible ver al amito Morrell o continuará la *kermese*? —pregunté.

El matón miró con desprecio al galán y señaló una puerta con su cabeza.

Entramos a un despacho muy elegante, a la izquierda del vestíbulo. Era una habitación amplia, discretamente decorada aunque revelaba algunos detalles que indicaban a las claras el origen de Morrell. Había saltado de los muelles al gran mundo de la mano de un decorador sin personalidad.

Dick Morrell estaba sentado detrás de un enorme escritorio negro enchapado en plástico de imitación de mármol. Llevaba la camisa arremangada, los gruesos brazos peludos, un puro caro entre los labios y la calva reluciente como el culito de un bebé.

Los ojos hundidos, astutos y muy claros permanecieron fríos, mientras hacía chasquear la lengua y sonreía sólo con un extremo de unos labios grandes como bistecs.

—Veo que han entrado en razón —dijo a Dyan.

—¿Me conoce? —pregunté, sin dar tiempo a que Dyan respondiera.

Meneó la cabezota y descubrí que, a pesar de su apariencia, tenía cuello entre el tronco y la barbilla.

—Samuel Casey, vagabundo, fracasado, muerto de hambre...

Era más desagradable la suficiencia con la que hablaba que los insultos que profería.

—Sin embargo —dije—, no tengo faltas de ortografía. Es un tanto a mi favor, ¿no crees Morrell?

Me descuidé.

El matón continuaba allí, a mi espalda, y actuaba coordinadamente con las ondas cerebrales de Morrell.

Me golpeó dos veces en los riñones. Fueron dos puñetazos violentos y profesionales. Me quedé sin oxígeno, sin ideas, y vi

avanzar una nube nauseabunda por el interior de mis vísceras como si yo mismo estuviese allí dentro.

Caí de rodillas y el matón me pateó el hígado.

Se inclinó y me quitó la 45 que llevaba en la cintura y que, extrañamente, no me había protegido de sus sabios mamporros.

Apreté los ojos, recordé un par de trucos de mi época de jugador profesional y recuperé el aliento.

—Sirve una copa a la belleza, Audie —ordenó Morrell mientras yo me ponía en pie.

Dyan no se había movido ni gritado. Le agradecí la presencia de ánimo.

Audie entregó una copa de whisky a Dyan y ella la sostuvo con ambas manos, reflexivamente.

—Podéis sentaros —dijo Morrell.

Así lo hicimos, ocupando dos sillones del mismo diseño que los Chesterfield, sólo que estaban tapizados con plástico de imitación cuero y llevaba botones dorados en las juntas.

Morrell parecía el rey de una corte desierta.

—Bebe —dijo Dyan, y me pasó su copa.

Tragué el whisky y me sentí mejor.

—Bien, ahora que hemos aclarado quién es el fuerte y quién el débil, podemos hablar —dijo Morrell.

Estuve a punto de preguntarle quién le escribía los guiones, pero me contuve a tiempo. No deseaba que Audie *el bueno* me destrozara la nuca.

—He acompañado a la señora para explicarte que no tiene el dinero —dije con rapidez.

—Empezamos mal, chico —murmuro Morrell—, ¿Por qué no comprendes la situación?

Se puso de pie. Era bajo, ancho y gordo.

—¿Crees que me gusta la violencia? —prosiguió—. ¡No, no me gusta! Quiero ser moderno, olvidarme de las épocas en que cualquier caballerete llevaba porra y pistola. Los tiempos cambian, Samuel, y hemos de ser sensibles a los cambios.

Podría haberle destrozado el cuello con los dientes. Si hay algo que me enfurece son los gangsters cínicos que juegan al abuelo bondadoso mientras hacen castrar a un levantador de apuestas porque se ha equivocado en las cuentas.

—Te diré una cosa, Sam... La chica tiene algo que me pertenece. Sé que Mahillt se quedó con todo el botín. Tenía que responder el dinero en lugar seguro hasta que pasara algún tiempo. Era el tipo ideal, ¿no crees? ¿Quién podría sospechar de un muchacho tan honesto, tan querido por la afición?

—¿Quién le propuso el negocio? —pregunté.

—Yo, por supuesto. Una noche perdió mucho dinero en un club de mi propiedad. Parecía enfermo y estaba algo borracho. Dijo que necesitaba ganar una fortuna y que no podía perder el tiempo. Haría cualquier cosa por nosotros. Así se completó el plan. Era el individuo que necesitábamos para el asalto... y salió perfecto.

—¿Estás tratando de decirme que le confiaste a un desconocido dos millones de dólares? —pregunté estupefacto.

Morrell sonrió.

—No, yo no confío en nadie Casey. Me limité a mostrarle unas cuantas fotografías. Estas.

Extrajo un sobre del cajón del escritorio y lo arrojó encima de la falda de Dyan.

Ella sacó una docena de fotografías y las observó cada vez más indignada.

Luego me las pasó.

Eran instantáneas de Dyan en distintas situaciones: trabajando en un cuarto, seguramente de su casa; duchándose, durmiendo, caminando por la calle, haciendo la compra... Pero la más inquietante era la última. Una fotografía de Dyan caminando y vista a través de una mira telescópica.

—Un fotógrafo muy indiscreto —comenté, observando el cuerpo maravilloso de Dyan bajo la ducha, insinuado a través de una puerta de cristal semiopaco.

—El pobre muchacho, Rolland, se confió a mí una noche en que bebió de más. Tenía los nervios destrozados y dijo que todo lo hacía por ella. Fue suficiente demostrarle que podíamos liquidarla en cuanto lo deseáramos para tenerle completamente en nuestras manos.

—Hijo de perra... —dijo Dyan.

Detecté la mirada de Morrell cuando miró por encima de la muchacha en dirección al matón.

Esta vez comprendí que no podía cederle nuevamente la iniciativa, porque estaba decidido a ablandarnos. Tal vez yo pudiera soportar un *tratamiento*, pero dudaba de que pudiese permanecer impasible si se lo administraba a Dyan.

Apoyé con fuerza los pies en la alfombra y me impulsé hacia atrás. El sillón cayó y yo di una vuelta por encima de mi espalda para ponerme de pie con un salto justo cuando Audie cogía a Dyan por los cabellos.

Lo alcancé con un directo al corazón en el momento en que se volvía hacia mí. El segundo golpe dio de lleno en su rostro, a la altura del pómulo derecho y lo hizo trastabillar hacia atrás, lo castigué con una sucesión de *jabs* cortos al estómago y luego,

cuando abrió definitivamente la guardia, un *uppercut* acabó con si vigilia.

Dyan había recogido la 45 que cayera del bolsillo de Audie cuando trastabilló hacia atrás y encañonaba con el arma al gordo y sudoroso Morrell.

—No te atreverás a disparar —dijo Morrell, mientras yo quitaba una hermosa Baretta de la pistola de Audie.

—Dame una sola oportunidad, cerdo, y llenaré este ridículo decorado con tus tripas.

Sí, señor. Ese era el lenguaje indicado para una situación como aquella. Tuve ganas de besarla, pero en cambio fui hasta la puerta y eché un vistazo al vestíbulo y, más allá, al salón vado del restaurante.

No había nadie en las inmediaciones, de modo que cerré la puerta con llave.

—Bien, Morrell, ahora hablaremos tú y yo —dije.

CAPITULO IV

—Mahillt no se quedó con el dinero, Morrell. Sé que parece inverosímil, pero no lo hizo. No era estúpido y si te traicionaba su verdadero interés, obtener una buena cantidad para Dyan, se iba al diablo.

Sonrió a pesar del temor.

—Puedes matarme, Casey, pero no saldrás con vida de esta casa —amenazó.

—No quiero tener problemas contigo, pero no me pasaré la vida huyendo de ti por algo que no he cometido —dijo Dyan—, Rolland se quedó sólo con su parte.

—Según nuestros cálculos, había un millón setecientos mil dólares en esas cajas de seguridad. El diez por ciento era para Mahillt y el resto para nosotros. Corrimos un gran riesgo.

—Dime, ¿por qué robar al Sindicato? —pregunté.

Morrell regresó detrás del escritorio y se dejó caer en su butaca.

—Las manos sobre la mesa —le advertí.

—El Sindicato es como una federación, Casey; tenemos luchas internas por dominar una mayor porción de terreno. ¿Me sigues? No creo que te interesen los detalles.

—Me interesan todos los detalles si lo que está en juego es mi vida —dije.

—Déjanos a la muñeca y lárgate. Nadie te lo impedirá. ¿Por qué no lo haces? —preguntó desafiante, recuperando lentamente su falsa identidad de monarca advenedizo—. Si perseveras en tu actitud tengo derecho a suponer que lo haces por una buena parte del botín.

—Tal vez el dinero lo tiene otra persona, alguien que también estaba enterado del plan.

—¿Crees que no lo he pensado? ¿Por quién diablos me tomas?

Casi se lo dije, que lo tomaba por un imbécil satisfecho de su nefasta parcela de poder; pero, una vez más, opté por callar.

—¿Dices que había un millón setecientos mil dólares en el banco? ¿Estás seguro? —inquirió Dyan.

—Eso era lo que suponíamos y vi el dinero cuando acabó la operación. Tu marido se llevó la pasta para ocultarla. Teníamos que encontrarnos seis meses más tarde, en Washington, pero él no acudió. Se puso en contacto conmigo dos semanas después y se disculpó. No podía acudir a una nueva cita. Estaba enfermo. Un par de muchachos fueron en su busca y les dijo que tenía dificultades para recuperar la pasta. Necesitaba un mes, tal vez dos. Hablé personalmente con él por teléfono para recordarle lo

que haríamos con su princesita.

Miró a Dyan como si gozara con la idea que había cruzado por su mente y que, seguramente, le había transmitido a Rolland con lujo de detalles.

—Prosigue —le indiqué rubricando mi palabra con un movimiento de la Beretta.

—No hay mucho más. Dos de mis muchachos regresaron dos meses más tarde. Hubo una pelea y uno de ellos resultó muerto. Todavía no tenía el dinero. Le perdí la pista durante un mes. El mes en que estuvo internado. Entonces decidí apelar a los buenos auspicios de la viudita.

—¿Dónde está? —pregunté.

—¿Quién?

—El hampón que se salvó cuando Rolland liquidó al otro.

—No está —replicó Morrell.

—¿No?

—No, está muerto.

—¿Suicidio? —bromeé.

—Se le disparó el arma una noche, mientras estaba limpiándola en la habitación.

—Muy interesante —dijo Dyan, pensando exactamente lo mismo que yo.

Me dio la impresión de que Morrell también había vislumbrado algo detrás de sus propias palabras, pero si fue así lo que ocurrió inmediatamente dio al traste con una componenda amistosa.

La puerta que yo había cerrado con llave se abrió brutalmente y apareció el otro perro de presa, el que había encañonado a Bud. Llevaba una nueva arma en la diestra y disparó en cuanto yo me volví. El disparo rozó mi hombro izquierdo y yo apreté el gatillo de la Beretta. Dos proyectiles alcanzaron al tipo en el pecho. Abrió los brazos y miró estúpidamente a su alrededor.

Se desplomó junto a la jamba bañado en sangre.

—¡Cuidado, Sam! —gritó Dyan.

Me arrojé de bruces sobre la mullida alfombra en el momento en que resonaban varios disparos. Rodé por el suelo y golpeé las piernas de la muchacha obligándola a desaparecer de la línea de fuego.

El olor de la pólvora y los gritos habían creado una atmósfera pesada que me recordó otras épocas, en Vietnam.

Morrell estaba detrás del escritorio, armado, y por el sonido de los disparos debía tratarse de un calibre 45.

—Tenemos que salir de aquí —dijo a Dyan—. Esto debe estar lleno de matones.

Retrocedimos hacia la puerta pasando por encima del cuerpo

inconsciente de Audie.

—Corre hacia la puerta del frente —murmuré junto al oído de Dyan—, y no te detengas. Aguárdame allí antes de abrir

—Entendido.

Le entregué la Beretta y me hice con la 45 que ella sostenía sin darse cuenta de que estaba armada.

—Siento lo de Morrell, me distraje cuando...

—Olvídalo, tenemos que largarnos.

Me volví con la 45 y apunté al escritorio. Disparé tres cañonazos que hicieron saltar astillas del mueble.

Dyan corrió hacia la puerta, atravesando el vestíbulo, y se detuvo donde le había indicado.

Me reuní con ella, abrí la puerta y me topé con el chófer que avanzaba desde el Cadillac.

Salté sobre él y le golpeé el pecho con los dos pies. Cayó hacia atrás y rodó por la escalera.

—¡Rápido, entra en el Cadillac!

Dyan no se hizo repetir la sugerencia, abrió la puerta delantera y se zambulló dentro.

Yo me volví y disparé dos veces contra la puerta entreabierta, luego me deslicé detrás del volante, puse el motor en marcha y salí disparado, haciendo derrapar el poderoso automóvil.

Tres tipos corrían por el lado opuesto del jardín, provenientes seguramente de las habitaciones que había encima de los garajes. No atinaron a disparar contra el Cadillac mientras enfilábamos directamente hacia los portones de salida.

Por el espejo retrovisor percibí un detalle que, por alguna razón, me pareció importante: el Jaguar rojo sangre había desaparecido. Cruzamos a Manhattan por el puente de Williamsburg y torcí en dirección norte.

Dyan pasó un brazo por encima de mis hombros y me besó en el cuello.

—Tendremos problemas con la policía —dijo.

—No lo creo. Morrell se deshará de su matón, no le conviene la publicidad.

—¿Qué haremos ahora?

Sus dedos cálidos jugaban con mi nuca y percibía el aliento ardiente en el lóbulo de mi oreja. No sé de qué otro modo describir la poderosa fascinación que estaba ejerciendo sobre mí.

—Llamaré a Murdock. Necesito un par de informes.

—¿En qué has pensado?

—En que el único modo de que Morrell nos deje en paz es hallar al personaje que se llevó la pasta.

Detuve el Cadillac en una zona de aparcamiento prohibido, junto

al edificio de las Naciones Unidas, y cogimos un taxi hasta la Quinta Avenida.

El cielo comenzó a teñirse de oscuro como si una manada de nubes en estampida conquistara el cielo de la isla procedentes del océano.

—Necesitamos algo de tranquilidad. Lo mejor será alquilar una habitación en un hotel. Yo te aguardaré haciendo un par de llamadas. Entretanto cómprate alguna ropa. ¿De acuerdo?

—¿Algún estilo en especial? —bromeó.

—Sí, sencillo y seductor. Soy un chico de corazón campesino.

Me besó en los labios en la puerta del hotel y se alejó bajo una lluvia incipiente.

Alquilé una habitación y llamé a Murdock.

—Teniente Murdock.

—Soy Casey. Bud me dijo que podía llamarle.

—Adelante, Casey.

—Necesito información sobre un tal Troy Mangle. ¿Le conoce?

—He oído hablar de él. ¿Dónde está usted ahora?

—Puede llamarme esta noche al bar de Bud.

—¿Ha tenido problemas con Morrell?

—Sí.

—¿Graves?

—Sí.

—No le pediré detalles, Casey. No quiero tener más problemas de los que puedo abarcar. ¿Me explico?

—Con claridad.

—Me gustaría echarle el guante a Morrell, pero no a costa de mi pensión.

—Descuide, teniente.

—Le llamaré a las nueve.

—Estupendo.

Colgó el auricular.

Me dejé caer de espaldas en la cama y me quité la gabardina, el jersey, la camisa y los pantalones. Arrojé las botas y los calcetines al suelo y aguardé con la mente hecha un cisco.

Una hora más tarde llegó Dyan.

La lluvia caía torrencialmente y el mediodía se había convertido en un frío y anticipado crepúsculo.

A la luz cenicienta del cuarto observé cómo dejaba los paquetes y las bolsas con sus compras encima de una butaca y desaparecía en el cuarto de baño.

Salió vestida solamente con un *baby doll* que hubiese convertido a Carol Baker en una pudorosa y virginal doncella y se acercó a la cama.

La cintura estrella era la línea divisoria entre dos territorios de maravilla: más arriba, los senos prepotentes asomando por el escote redondo y generoso; más abajo, la curvatura de la cadera, apenas cubierta por la prenda, y los largos muslos perfectos. No pude verle las pantorrillas porque me lo impedía la línea de la cama, pero no lo lamenté, hubiese sido un espectáculo demasiado inquietante para mi pobre corazón hambriento.

—¿Qué novedades tienes? —preguntó con su sonrisa erótica.

—Murdock me llamará a las nueve de la noche al bar de Bud —recité como una autómatas, atrapado por la sensualidad de su cuerpo.

—¿Te parezco sencilla y seductora?

Estiré los brazos y ella se arrojó contra mi pecho y mordió mis labios.

Toda ella era dura, sinuosa y enérgica. Tenía una vitalidad feroz y sabia en cada movimiento y sus caricias parecían provenir de su halo de hembra completa.

Cerré los ojos, respiré su perfume, saboreé su piel, recibí sus caricias y entré en el reino tibio de su carne como un visitante esperado y bien venido.

El cielo del otoño continuó oscureciéndose y la lluvia se enfureció sobre las calles, pero nosotros temamos nuestra ceremonia y el resto del mundo, al menos en ese momento, nos importaba muy poco.

CAPITULO V

A las ocho pagué la cuenta del hotel y cogimos un taxi hasta el bar de Bud.

Llevaba a Dyan pegada a mi piel y no quería que su aroma desapareciera jamás.

Ella vestía un traje de cuero, botas y una gabardina con capucha. Me había comprado un jersey color ocre y parecía tan feliz como una colegiala el día en que cobra su primer sueldo y lo invierte en regalos para su novio.

Pero la realidad era muy distinta al cuento de hadas que los dos deseábamos vivir juntos.

Bud estaba sirviendo a una pareja de mediana edad y vino hacia nosotros en cuanto nos vio entrar. Nos sentamos en el extremo de la barra observando la puerta y el resto del local.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, pasando un paño delante nuestro sobre la superficie de madera reluciente.

—Mal y bien, en ese orden —dijo Dyan apretándose contra mi cuerpo.

Bud me sirvió un bourbon y un whisky a Dyan.

Hice un relato completo de todo cuanto nos había ocurrido. Bud escuchó sin interrumpirme.

Cuando hube terminado se rascó la nuca, cerró los ojos, arrugó las mejillas en un gesto que le era característico y se alejó a atender a un parroquiano recién llegado.

Al cabo de dos minutos se plantó delante nuestro.

—Vais a tener problemas —dijo con serenidad—. Tal vez sea mejor que dejéis aplacar las cosas. Por lo visto, Morrell está en guerra contra su propio equipo y es posible que el traidor pertenezca a su propia Enea defensiva.

—He pensado en Mangle —dije.

—Sí, es posible —admitió Bud.

—Pero Morrell dijo... —comenzó a explicar Dyan, pero se detuvo apremiada por sus propias reflexiones.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las nueve —replicó Bud y entonces sonó la campanilla del teléfono.

Señalé a Bud la cabina telefónica mientras él cogía el auricular del aparato que tenía junto a la caja registradora. Lo vi asentir un par de veces y luego me guiñó un ojo.

Levanté el auricular, dentro de la cabina, y cerré la puerta plegadiza.

—Soy Casey.

—Han estado moviendo los hilos, muchacho.

—Lo siento.

—No puedo arriesgarme a buscar información por teléfono.

—Lo entiendo, Murdock.

—El pájaro no es de Nueva York, viene de la costa oeste. Sé que vivió durante algunos años en el medio oeste. Tengo que ir a San Francisco dentro de un par de días.

—¿Qué me propone, Murdock?

—Puedo hacer algunas indagaciones personalmente, con gentes de fiar. Estaré de regreso en una semana todo lo más. Entonces le daré una respuesta. ¿Le parece bien?

—¿Hay alguna otra alternativa? —pregunté.

—Por mi parte creo que no, amigo. Morrell ha dado un par de gritos y sus ecos se escucharon muy arriba. He recibido algún comentario admonitorio, nada específico, pero conozco el paño. ¿Cuánto dinero hay de por medio?

—Millón y medio.

—Lo suponía.

—Escuche Murdock, trataré de ocultarme durante esta semana. ¿De acuerdo?

—Está bien, deje un número de teléfono en el bar de Bud.

—Gracias por todo, teniente.

—No me agradezca nada todavía, Casey. Es posible que no averigüe nada o que no me convenga decirle quién es Mangle.

—Gracias de todos modos —repetí y colgué el auricular.

Estaba a punto de salir de la cabina cuando entró un individuo vestido con un elegante abrigo de pelo de camello, sombrero echado sobre los ojos y aspecto de estar de vuelta de todas las fechorías.

Se acodó en fe barra, cerca de Dyan y le sonrió como lo hacía Tony Curtis en aquella película en que le saltaban estrellitas de los dientes.

Hice una seña a Bud y salí del local.

Un instante después Dyan se reunía conmigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ese individuo —dije—, está vigilando nuestros pasos.

—¿Ese...?

—Sí, reconozco su tipo.

Se aferró a mi brazo y echamos a andar por la calle oscura, apenas iluminada por las altas farolas batidas por la llovizna.

No tenía intención de huir del tipo, sino de comprar su vigilancia.

Al cabo de cincuenta metros torcimos por una esquina y detuvimos la marcha durante el tiempo suficiente para encender

un pitillo, luego regresamos por el mismo camino. Al doblar nuevamente la esquina observé a nuestro perseguidor que cruzaba apresuradamente la calle, subiéndose las solapas de su abrigo de pelo de camello como si hubiese sufrido un repentino escalofrío.

Regresamos al bar de Bud.

—¿Qué ocurrió, chico?

—Nada importante, nos siguen —dije.

—Se está poniendo difícil. ¿Qué te dijo Murdock?

—Que desaparezca durante una semana.

—No es mala la idea.

Dyan se apretó contra mi flanco y la miré con temor. Estaba comenzando a sentir miedo por lo que pudiese ocurrirle. Pasé un brazo sobre sus hombros.

—¿Alguna sugerencia? —pregunté a Bud.

—Tiene que ser un sitio próximo... y bien defendido —dijo.

—Sí, estoy de acuerdo —admití.

—Sé dónde... —intervino ella.

—Es una caja de sorpresas —comentó en tono humorístico.

—Un sitio muy bello, espero que te guste Sam.

—¿Dónde se encuentra?

—A unas cien millas de aquí, sobre el océano, hacia el norte. Es una pequeña cala, un puerto deportivo abandonado y una pequeña casa edificada sobre un gran galpón donde en otras épocas se guardaban las lanchas deportivas.

—¿Cómo conoces ese sitio?

—Hace años...

—Tienes que aprender a enfrentarte con los recuerdos —le dije, como si yo hubiese conseguido hacerlo.

Sonrió brevemente antes de aplastar la colilla de su cigarrillo en el cenicero.

—Mahillt y yo pasamos por ese lugar y nos quedamos enamorados de él. Rolland dijo que le encantaría vivir allí y poner una escuela de esquí acuático o lo que fuere. No es un mal sitio, pero en mi opinión una escuela de esquí acuático debe funcionar en una latitud más benigna, en Florida por ejemplo. Pero confieso que también me sedujo aquel trozo de playa, el pequeño puerto y el edificio. Además, la casa era pequeña y hermosa, con una gran terraza abierta a las rompientes.

—¿Cuánto hace de ese sueño? —preguntó Bud, aferrado a su inmenso sentido común.

—Varios años.

—¿Has pensado que desde entonces pueden haber ocurrido muchas cosas allí? —insistió Bud.

—Sí, pero sólo una importante —dijo Dyan sentenciosamente, con

una miraba enigmática que me llegó hasta el alma.

—Adelante, continúa sorprendiéndonos —la invitó Bud, cada vez más interesado.

—He arrendado el sitio con una opción de compra —dijo ella.

—¡Por los clavos de Cristo! —bramó Bud, imitando la voz hasta convertirla en al graznido de Barbanegra.

—Lo hice como consecuencia de un impulso. Pasé por allí, lo recordé y me dije: «Dyan, pequeña, comienza por cumplir con los sueños de Rolland», de modo que descendí del autocar en la siguiente parada, alquilé un coche y me fui hasta allí. Había un cartel que indicaba su disponibilidad para arrendar o comprar. Hice una llamada telefónica y firmé un contrato... con mi nombre de soltera... Dyan Turner. Buscamos los inconvenientes que presentaba junto con el anciano que regenteaba la oficina inmobiliaria y convinimos que pondría todo en condiciones y haría limpiar y equipar perfectamente la vivienda de los altos. En el gran galpón de la planta baja... Bueno eso corresponde a la segunda etapa de los sueños.

—¿Crees que ya está en condiciones de habitabilidad? —pregunté.

—Desde hace dos semanas.

—Dyan, creo que tendré que enamorarme de ti; eres más que una mujer, eres una verdadera solución.

La besé en los labios y Bud sonrió.

—Idos de una maldita vez y no pases por tu casa. Puedo darte algún dinero.

—Sí, te dejaré un talón y tú lo cobrarás mañana por la mañana...

—No es necesario, Sam.

—Escucha, Bud, prefiero que sea de este modo. Si necesito dinero te lo pediré con mucho gusto y no te lo devolveré si no puedo hacerlo, pero ahora sí puedo. ¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Cuánto?

—Dos mil dólares.

—Absurdo —dijo Dyan.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—He dicho *absurdo*. ¿Se te ocurre por qué?

—Sí, pero por ahora no he tomado ninguna decisión acerca de ese dinero que hemos ocultado, de modo que permíteme jugar a mi modo.

—Una sugerencia —dijo Bud, interrumpiendo nuestra discusión bizantina.

—Dime.

—Es mejor que vayáis en tren y alquiléis luego un coche o, mejor

todavía, compréis algún vehículo de segunda mano. Morrell tiene amigos en los sitios indicados.

—Sí, estoy de acuerdo. Ya había pensado en ello. Bien, Bud, te llamaré en cuanto estemos instalados.

—Hazlo, por favor —dijo, entregándome un sobre con el dinero. Estreché su mano y Dyan lo besó en las mejillas.

—Su mujer, Martha, es muy afortunada —dijo.

—Ella no piensa lo mismo, encanto —replicó Bud con buen humor.

Salimos a la calle donde una lluvia pertinaz se abatía sobre las fachadas silenciosas, las aceras desiertas y los rincones oscuros.

El tipo del abrigo de piel de camello no aparecía por ningún sitio, pero yo sabía que estaba cerca.

—Tenemos que deshacernos de nuestro perseguidor —dije.

—¿Dónde está?

—Cerca, aguardando.

—¿Qué haremos?

—Coger un taxi hasta... —me interrumpí al divisar a cerilla dentro de un Ford negro, a unos treinta metros de distancia, aparcado junto al bordillo.

—Ven conmigo —dije a Dyan.

—¿Qué estarán planeando?

—Siguen nuestros pasos para que les llevemos hasta el dinero. Eso es todo.

—¿Crees que ha sido Mangle el responsable?

—Es posible.

Nos dirigimos hacia al automóvil aparcado y continuamos andando sin prestarle la menor atención.

Había dos individuos dentro, y cuando nos alejamos una veintena de metros supe que uno de ellos venía detrás.

Continuamos por la misma calle en dirección hacia una pequeña plazoleta en la que solía leer el periódico los domingos de sol. La plazoleta no era más que un predio cuadrangular de unos quince metros de lado y rodeado por una valla de hierro enrejillado que me llegaba a la cintura y que debía impedir que los perros entraran a la plazoleta para utilizarla de lavabo y que los niños huyeran del lado de sus madres mientras leían el periódico, la última novela de Harold Robbins o algún texto universitario, según fuese la búsqueda de la realización personal impuesta o elegida.

Varios árboles negros rodeaban en un doble círculo la fuente central y, entre ellos, había dos docenas de bancos de madera junto a los parterres yermos del otoño.

La puerta de acceso estaba cerrada.

—Quiero que saltes rápidamente la verja y corras hacia el centro de la plazoleta. ¿Me has entendido?

Dyan no respondió, apoyó la mano derecha en el borde de la baranda y, sin ningún esfuerzo, saltó ágilmente para desaparecer entre los árboles.

La seguí con rapidez y nos ocultamos detrás del tronco de un pino gigantesco, pelado por el otoño hasta adquirir la apariencia de un espinazo de pescado.

Pocos segundos después apareció nuestro perseguidor.

Miró hacia los árboles y luego se volvió hacia la calle. Estaba dubitativo y no hacía nada por disimularlo. Entonces hizo algo que yo no esperaba.

Se llevó los dedos a la boca y emitió un silbido corto y agudo. Luego saltó con alguna torpeza la baranda y extrajo una pistola.

Señalé un banco a Dyan y ella se acostó sobre él, aprovechando la sombra que el respaldo echaba sobre el asiento.

—No te muevas. Voy a ocuparme de él.

Me cogió la muñeca y supe que estaba mirándome fijamente, pero no había luz suficiente.

—No temas, quiero conocer la casa del muelle —bromeé.

Saqué la 45 y aguardé junto al árbol.

El tipo se movía con prudencia, ligeramente inclinado hacia adelante y con el arma firme en su mano izquierda.

Era el que llevaba el abrigo de pelo de camello.

Estaba ya casi a mi altura cuando un segundo individuo saltó la verja.

No tenía tiempo que perder.

Salté de detrás del árbol y golpeé con fuerza a Pelo de Camello en lo que yo supuse que era su cabeza.

Pero era un buen profesional y anticipó el ataque. Ladeó la cabeza y la culata de mi 45 se estrelló contra su hombro.

Afortunadamente fue su hombro izquierdo. Le paralicé el brazo y su arma cayó sobre la grava húmeda del sendero.

La mano derecha del matón voló hacia atrás y me alcanzó de lleno en el rostro. Retrocedí más sorprendido que dolorido, pero el tipo ya cargaba sobre mí.

—¡Detente! —grité, pero no me hizo el menor caso.

Me lanzó un puntapié directo al pecho que yo aparté con cierta dificultad y con peligro de que me partiera el antebrazo. El tipo giró sobre sí mismo y me lanzó un segundo puntapié de kárate, esta vez con la otra pierna.

En esta ocasión anticipé su ataque y obstaculicé el golpe cruzando mis brazos a la altura de mi estómago. El matón retiró rápidamente la pierna y esta vez fue mi tumo. Lo castigué en el

estómago con el cañón de la 45 y, cuando se dobló, le aticé en la nuca con el canto de mi mano izquierda.

Cayó espatarrado y yo experimenté una inmensa y caliente sensación de alarma.

La pelea me había hecho olvidar transitoriamente al segundo matón.

Me volví, pero fue sólo para recibir un golpe brutal en la mandíbula.

El parque se llenó de luces de colores y sentí que mis labios sonreían, pero todo duró sólo un instante, porque una nueva coz se hundió en mi estómago y toda mi ocupación consistió en conseguir algo de oxígeno para mis pulmones secos.

Levanté el rostro, casi al borde de la inconsciencia, pero inauditamente lúcido.

Allí estaba Audie, sonriente y satisfecho. Sostenía una porra de goma en la mano derecha y un Smith & Wesson en la mano izquierda. Vestía un impermeable de plástico negro que brillaba con el lejano fulgor de una farola.

La porra voló hacia mi brazo derecho y sentí un dolor intenso y quemante que me anestesió el brazo.

Miré estúpidamente cómo la 45 caía de mi mano insensible y supe que hasta ese momento había tenido demasiada suerte.

Audie volvió a golpearme, esta vez en el cuello y sólo por divertirse... o por pagar la deuda que yo tenía con él.

—Una excelente ocasión —sonrió con placer.

Un émbolo pesado y voluminoso subió desde mi cuello hasta mi cráneo y aguardé resignado a que me reventara el cerebro. Pero no ocurrió nada. La sangre se agolpó en mi frente, sentí los ojos ardidados y comprendí que tenía que reaccionar antes de que me partiera en trozos.

Audie sonreía como el monstruo de la Laguna Negra en presencia de la bella de tumo.

Yo estaba arrodillado como un reo en espera del tiro de gracia. Tenía el brazo derecho laxo junto a mi cuerpo y el izquierdo todavía en condiciones de ser utilizado.

Audie me lanzó un nuevo golpe, más confiado, contra el hombro izquierdo.

Entonces flexioné el brazo y sujeté la porra con la mano. Tal como esperaba, tiró de la porra para que no la soltara y, aprovechando su movimiento, me puse en pie.

No tuve muchas oportunidades de elegir mi estrategia de combate. Me limité a darle un puntapié en la entrepierna, cuando Audie desequilibró su cuerpo. Juntó las rodillas y abrió los pies, me miró con el rostro descompuesto de dolor y comenzó a

levantar el revólver a duras penas.

Caí arrodillado delante de él y cogí el arma con mi mano izquierda, tiré de ella hasta quitársela y le pegué un revés en medio del rostro con el Smith & Wesson.

Perdió el conocimiento instantáneamente y yo me puse en pie.

—¿Dyan? —llamé.

Ella no respondió.

—¿Dyan? —repetí, buscando una explicación para su silencio.

Me acerqué renqueando hasta el banco donde la había dejado oculta y me encontré con una escena inesperada y... horrenda.

Estaba sentada en el banco, asfixiándose.

Los brazos estaban inmovilizados en el respaldo del banco, sujetos por una cinta adhesiva muy ancha y una bolsa de plástico le cubría la cabeza.

Tenía los ojos muy abiertos y movía las piernas con desesperación.

Salté hacia ella y le arranqué la bolsa de plástico. Un ronquido desagradable, casi un estertor agónico, brotó de su garganta mientras procuraba aspirar todo el oxígeno del mundo.

Le solté las muñecas y la sostuve contra mi pecho mientras se calmaba. Todo su cuerpo temblaba de un modo involuntario, sacudido por espasmos de terror.

Había visto tan cerca el rostro de la muerte, que lo llevaría para siempre del lado de adentro de los párpados.

—¿Qué ocurrió? —pregunté con serenidad junto a su oído, acariciándole la espalda.

Repentinamente se apartó de mí, me empujó con violencia y se puso de pie.

—¡Todavía debe estar por aquí! —gritó.

—¿Quién?

—¡Vámonos, por favor...! ¡Salgamos de este sitio oscuro!

—Pero... si ya no puede hacerte nada, está allí, inconsciente. He conseguido deshacerme de los dos —le expliqué sujetándola por los hombros, tratando de que comprendiera que el peligro, momentáneamente, había pasado.

Continuaba estremeciéndose, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro desencajado.

—Dyan...

Movió el rostro convulsivamente a derecha e izquierda y comenzó a llorar.

—Mira —dije, señalando a los dos matones desmayados en el sendero—, están fuera de combate.

—Eres tú quien no lo entiende —repuso con una voz helada y balbuciante—, hay otro hombre, un... un... loco...

La miré desconcertado.

Había recuperado su serenidad y ya no temblaba.

—Me atacó mientras tú luchabas con el segundo matón. Yo me había puesto de pie para ayudarte cuando... ¡Oh, Dios mío, Sam, es un psicópata!

La cogí por un codo y recorrimos de prisa aquellos metros que nos separaban de la calle. Saltamos la baranda y corrimos por la calle desierta, bajo la lluvia, hasta alcanzar la esquina de la avenida. Un taxi nos llevó hasta la estación de ferrocarril.

Atravesamos el vestíbulo sin hablar, sin detenernos, mezclándonos con los viajeros tardíos, y salimos por el extremo opuesto. Un segundo taxi nos dejó a unas pocas travesías de la Greyhound y llegamos hasta la terminal de autocares seguros de que nadie nos seguía.

Compré los billetes y quince minutos más tarde el enorme autocar semivacío cogía la carretera en dirección al norte.

Dyan apoyó la cabeza sobre mi pecho y se quedó dormida.

Durante los siguientes cuarenta kilómetros observé su rostro hermoso y tenso a la luz de los faros de todos los coches que se cruzaban con el autocar.

La desperté a mitad de camino de nuestro refugio junto al océano y abrió los ojos para revelarme una mirada aterrorizada.

—Tranquilízate, pequeña, soy yo, Sam. ¿Me recuerdas?

—Sam... —dijo, y me besó con fuerza en la boca.

—Vamos, tenemos que apearnos y comprar un coche. He visto un cartel que ofrecía coches de ocasión. Dentro de una hora estaremos seguros.

Descendimos del autocar y una lengua de frío y lluvia nos envolvió.

La cafetería estaba desierta. Un negro gigante atendía a los pocos pasajeros del autocar mientras Dyan y yo observábamos la carretera. Varios coches pasaron de largo delante de la cafetería, pero ninguno de ellos nos dijo nada de particular.

—Apóyate en mí, cariño, el cartel del que te hablé es aquél, ¿puedes verlo?

—Sí, Sam. Discúlpame, pero... ese tipo...

—Olvidalo.

—...estaba loco, lo sé.

CAPITULO VI

Había más de sesenta automóviles debajo de un techo autoportante de metal ligero. Las columnas reticuladas se erigían frías y espectrales bajo la iluminación del gigantesco letrero de neón que destilaba intermitentemente andanadas rojas, azules y amarillas.

La lluvia salpicaba las hileras de coches aparcados en el perímetro de la zona protegida por el alto techo, que eran obviamente los modelos más viejos o, al menos, los menos cuidados.

—¿Qué te ocurre? —pregunté a Dyan.

—No me siento bien —dijo—. Tengo un dolor terrible de cabeza, aquí... —y señaló su nuca y parte del cuello.

—Tranquilízate, sólo estás nerviosa y no puedo reprochártelo. Pero ahora no debes preocuparte por nada.

Eran sólo palabras, pero no tenía nada más con que alentar a una muchacha joven, hermosa e inteligente que, repentinamente, es atrapada por una situación límite en la que participa un psicópata que procura matarla enfundando su preciosa cabeza dentro de una bola de plástico.

—No deseaba matarme —dijo ella y yo di un brinco, con la sensación de que había leído mis pensamientos como si flotaran en el aire dentro de una viñeta luminosa.

—¿Qué dices?

—Apareció repentinamente desde atrás cuando yo me incorporaba buscando la Beretta. Me cogió por el cuello de un modo brutal y me tapó la boca. Me obligó a sentarme en el banco y me ató las muñecas con la cinta adhesiva sin que yo pudiese evitarlo. Sabía perfectamente cómo manejarlo.

—Dyan...

—Déjame que te hable de ello o me estallará el cerebro.

—De acuerdo.

Estábamos frente al negocio de compra-venta y alquiler de coches de ocasión, bajo la llovizna, mientras algunos coches iluminaban la carretera húmeda y los arcenes yermos.

—Luego me puso la bolsa de plástico y aguardó unos instantes mientras el oxígeno se agotaba y mi desesperación crecía. Era... era joven y con unos ojos pequeños como... Y sonreía con placer, con un infinito placer...

Su cuerpo se estremeció.

La obligué a acompañarme y cruzamos la carretera. La oficina del encargado florecía con un color diferente bajo el letrero de neón.

—Miró brevemente hacia el sitio en que tú estabas luchando y

extrajo una navaja muy puntiaguda, como un estilete. ¡Oh, Dios!, pensé que me iba a cortar el cuello, pero ya no tenía oxígeno y durante un instante pensé que cualquier cosa sería mejor que ese ahogo espantoso que me quemaba por dentro. Entonces hizo un pequeño orificio en la bolsa de plástico, muy cerca de mi cuello, sonrió una vez más y se marchó. No entraba suficiente aire como para satisfacer mi asfixia, sólo el necesario como para no morir. ¿Entiendes?

—¿Estás completamente segura de lo que dices? —pregunté como un imbécil, aunque debo reconocer que el episodio distaba mucho de ser normal.

—Sí, estoy segura —repuso con irritación.

Ya habíamos llegado ante la puerta de la oficina del encargado y nos detuvimos bajo la lluvia. Estaba cerrada, pero había una luz en el interior.

Se trataba de una construcción cuadrada, de madera y aluminio, prefabricada y con grandes persianas americanas cubriendo las aberturas desde el interior.

Toqué el timbre y aguardé.

Cinco minutos después apareció un hombre, atisbé por entre los pliegues de la persiana y luego abrió la puerta.

—Es una noche horrible —dijo mirando el cielo amarronado—. Pueden pasar.

Entramos a una oficina que por la noche se convertía en dormitorio. Había cientos de colillas en varios ceniceros, un aparato de televisión encendido pero sin sonido y varias latas de cerveza.

El hombre era mayor de lo que había supuesto en un principio. Tenía el cabello gris y no rubio como había pensado, pero conservaba un físico armónico y duro. Debía rondar los cincuenta años y era mestizo.

—¿Alquiler o venta? —preguntó.

—Queremos comprar.

—¿Han elegido alguno?

Se rascaba el cabello mientras bostezaba con infinito placer. Afortunadamente su dentadura era excelente, porque no tenía la menor intención de taparse la boca.

Vestía un mono de trabajo limpio, color caqui, y calzaba botas de vaquero.

—He visto un Oldsmobile del 77 o del 78 allí fuera —repliqué.

—Sí, un buen coche. Está a punto y muy barato.

De pronto el hombre levantó la vista de los documentos que había comenzado a manipular y miró fijamente a Dyan.

Su rostro se transformó por completo y sonrió de un modo

delicioso. Hay personas con aspecto de ogro al que una sonrisa transforma en el ángel de la guarda.

—¡Hola! —exclamó—, ¿Consiguió hacer el negocio?

Dyan lo miró estupefacta y su rostro también sufrió un cambio.

—Hola —repuso—, sí, lo conseguí. ¿Cómo es que se acordó de mí?

El hombre meneó la cabeza.

—Podría decirle que porque es usted muy hermosa y no mentiría, pero mis razones son menos halagadoras. Me dejó una propina excesiva y eso estimuló mi memoria.

Me miró dolida y comprendí que no había reparado en el sitio mientras me contaba toda su historia con el psicópata.

—Me alegro por usted —dijo el hombre y cogió un llavero de un cajón—. Tome las llaves, puede poner el Olds en marcha y calentar el motor mientras completo estos documentos. ¿A nombre de quién?

—Bess Oliver —dije con rapidez.

El hombre frunció el ceño pero no hizo más preguntas.

Diez minutos después corríamos sobre la carretera tras haber abonado el automóvil, dejado una excelente propina al mestizo y saludarle con efusión.

—Lo siento —dijo Dyan.

—No tiene importancia.

—Pero...

—Nadie nos ha seguido, deja ya de preocuparte.

No volvió a abrir la boca, pero continuaba preocupada. Y yo la comprendía muy bien, también sentía el cosquilleo de los peores acontecimientos rondándome la médula espinal.

* * *

El pequeño puerto, el edificio para albergar las lanchas y la casa de los altos eran tal y como Dyan me los había pintado.

Un sitio realmente encantador, a pesar de la tormenta, el viento helado y el estrépito del océano.

Todo el tinglado se levantaba en el extremo de una pequeña playa a la que accedía por un único sendero asfaltado desde la carretera, o por mar.

El acantilado cubría las espaldas y el mar abierto, más allá del embarcadero protegido, ofrecía una panorámica amplia. Nadie podía acercarse sin que le viésemos. Era un buen sitio, pero si

alguien conseguía entrar, sería también una excelente tumba insonorizada.

Lo pensé, pero no se lo dije a Dyan. Ella tenía suficientes problemas.

Cuando nos hubimos instalado telefoneé a Bud y le dije que estábamos bien, aunque no le di muchos detalles de lo ocurrido en el parque. Me limité a indicarle que había dejado a dos truhanes inconscientes y que el psicópata había huido.

Bud no dijo nada, pero se comprometió a llamarme si Murdock regresaba antes de la costa Oeste.

—Volverá —dijo Dyan, mientras paseábamos por el interior del edificio.

—¿Quién?

—El loco. Sólo fue un aviso.

—¿Por qué? —pregunté.

—Lo ignoro, a menos que... —y se interrumpió.

—A menos que esté detrás de tus cuatrocientos cincuenta mil dólares, ¿verdad?

—Sí.

—Te propongo algo, muchacha dura. Procuremos pasar unos días tranquilos mientras aguardamos la llamada de Murdock. Es más, tengo que escribir una novela policíaca y tú serás mi protagonista.

—Resulta halagador —dijo sonriendo por primera vez desde la noche anterior—, aunque, ¡por favor!, quiero un final feliz.

—Todos mis finales son felices, pequeña. Es la consigna de esta colección. He visto una vieja máquina de escribir Underwood y también cantidad de papel con membrete de una compañía de importación y exportación.. Tengo todo lo necesario.

—Y la despensa está llena... —dijo ella con un mohín que me recordó que estaba hambriento, somnoliento, sediento y definitivamente enamorado de Dyan Turner.

* * *

Comimos, bromeamos y nos fuimos a la cama con una copa de whisky y un animal animoso rondándonos la piel. Hicimos el amor hasta que el sol despuntó sobre la línea difuminada del océano y luego dormimos como lirones hasta después del mediodía.

Los siguientes dos días resultaron los más agradables que yo había pasado en más años de los que podía recordar. Junto a la chimenea encendida y mientras Dyan, como ella decía, se mantenía en forma tanto física como psicológicamente, esto es, haciendo gimnasia y expresión corporal en un extremo de la estancia, yo escribía cuartilla tras cuartilla, más motivado que un

explorador inglés ante un yacimiento faraónico.

Esa era su profesión, profesora de danza, y admito que lo hacía estupendamente, aunque en la mayoría de las ocasiones mi interés brotaba torrencialmente del impulso sensual... y sexual, más que de la contemplación estética de su arte.

Sin embargo, los períodos de placer no son jamás demasiado prolongados... y el teléfono sonó como un pájaro de pésimo agüero en la mañana del cuarto día.

—Soy Bud, Murdock me ha llamado.

—¿Y bien?

—Será mejor que escuches lo que tiene que decirte.

—¿Mangle?

—Es más que posible —dijo Bud.

—Iré en seguida. Dile a Murdock que me gustaría verle en algún lugar neutral.

—¿Dónde?

—¿Qué sugieres?

—Creo que será mejor citarlo aquí mismo, Sam.

Percibí una nota de prudencia en su voz.

—¿Por qué?

—Te están buscando por toda la ciudad. Vigilan mi bar, pero creo que podrás colarte dentro a través de mi casa. Murdock te aguardará abajo, en el sótano. ¿Qué dices?

—Bien, estaré allí dentro de tres horas... A las dos de la tarde.

—De acuerdo. Ah... Sam...

—¿Dime?

—Ven tú sólo. Deja a la muchacha a salvo.

—¿Tan mal está el panorama?

—Ahora no puedo hablar, chico. A las dos.

—A las dos, compañero.

Dyan había dejado de hablar y me observaba con un rictus de angustia. Vestía una malla de baile enteriza que dibujaba su cuerpo maravilloso y una película de sudor cubría su rostro.

—No quiero quedarme aquí, Sam.

—Será mejor que lo hagas, Dyan. Quiero que cierres todas las puertas y ventanas y no abras a nadie ni contestes el teléfono. Si tengo que llamarte lo haré sonar cuatro veces, cortaré y volveré a llamar. ¿De acuerdo?

—Pero...

—Ten la Beretta a mano, aunque no creo que tengas que utilizarla. Este sitio es muy seguro.

—Está bien, Sam. Pero tengo miedo. Ese tipo, el loco...

—No sabe dónde estamos, Dyan. Murdock tiene información que darme y, si es lo que espero, entonces el propio Morrell se

ocupará de solucionarnos el problema

—Espero que tengas razón —dijo sin convencimiento—. ¿Cuándo regresarás?

—Tan pronto como me sea posible.

—¿Estás seguro de que...? Olvídalo, sólo quiero que me hagas un favor.

—Lo que digas.

—Aguarda un instante mientras me ducho. No quiero sentirme sola dentro del cuarto de baño.

—Olvídate de Hitchcock, muñeca.

—Será sólo un minuto —dijo y corrió hacia el cuarto de baño.

Diez minutos después montaba en el Oldsmobile y la saludaba agitando la mano.

Estaba en el balcón-terraza que se abría hacia el mar y contra el cielo plomizo y lluvioso parecía la imagen misma de la desolación.

Todo cuanto podía hacer era apretar el acelerador y darme prisa, y eso fue exactamente lo que hice.

* * *

Martha me abrió la puerta, me abrazó como un oso a su cachorro perdido y hallado, y me guió hasta la puerta que comunicaba la casa con la habitación trasera del bar de Bud.

—Estás delgado, Sammy —dijo antes de desaparecer con su sonrisa maternal—, necesitas una mujer que te cuide.

—¿Sólo por las comidas, Martha? —pregunté.

—Por las comidas, por el amor y por la amistad, hijo. No lo olvides.

La buena de Martha y su simple e impactante filosofía. La mejor filosofía del mundo. Yo, que conozco a Bud y a Martha, estoy en condiciones de jurarlo.

Bud entró en la habitación atestada de cajones con botellas, cajas y toneles y me dio la mano.

—Murdock te espera —dijo, guiándome hacia la puerta que llevaba al sótano.

El sótano era también un depósito, pero Bud había convertido un sector en una especie de salón confortable y cálido donde solía jugar al póquer con sus amigos, yo incluido.

Murdock era alto, delgado y con el rostro consumido por todas las barbaridades que había visto a lo largo de su vida. Llevaba un

traje de sarga color gris, brillante por el uso, zapatones calientes con suela de goma, un jersey grueso color negro por el que asomaba una corbata de lana, y un sombrero echado hacia atrás. Me dio una mano fuerte, seca y tibia que estreché con simpatía. —Bud no contó su encuentro en la plazoleta —dijo sin preámbulos.

—¿Sí?

Sacó varias fotografías de la chaqueta y me las alargó.

Allí estaban Audie y Pelo de Camello, en la misma posición en que habían quedado tras la pelea, sólo que algo había ocurrido tras nuestra partida, porque descansaban sobre un charco de sangre.

Alguien les había rebanado el cuello.

—He dicho la verdad —declaré.

—No lo dudo —dijo Murdock—, pero Morrell no piensa lo mismo. Están buscándole... a usted y también a la muchacha.

—¿Y la policía? —pregunté.

Se sonrió con una natural resignación, pero cuando me dio su explicación comprendí que era cansancio, un infinito cansancio.

—La policía no puede hacer nada, hijo. Oficialmente se trata de una guerra entre bandas rivales. No estamos en Chicago en los años veinte, pero el sistema continúa vigente cuando hay mucho dinero de por medio. Personalmente, es preferible que sea así. Si aparece usted en medio será el único perjudicado. Homicidio.

—Entiendo. ¿Qué pudo averiguar de Mangle?

—Troy Mangle se llama en realidad Mulford Edward Degranier y proviene de una familia que creó dinastía hace varias décadas. Tuvo una infancia rica, ya sabe: institutrices francesas, dos jardineros, una cocinera importada y la pompa de su condición. Su adolescencia comenzó siendo espectacular, los mejores colegios, Europa, viajes y un entrenamiento duro para convertirlo en hombre de negocios. Hijo único, su madre murió cuando tenía dieciocho años y su padre dos años más tarde. Cuando el notario abrió el testamento, nuestro amigo Mulford Edward Degranier se enteró de que estaba en la ruina más absoluta. Sus amistades le volvieron la espalda y se marchó a Europa. Regresó cinco años más tarde con un guardarropas muy elegante y su sonrisa triunfal.

—¿Gigoló?

—Eso es —asintió Murdock—, Hubo algunos episodios confusos vinculados a la droga en el sur de Francia y también en el norte de Italia, pero él salió indemne. Tuvo que marcharse de California porque se vio mezclado en un caso de estupro. Todo un don Juan el tal Troy Mangle.

—¿Qué ocurrió luego?

—Su pista se pierde durante un par de años. Parece que se dedicó a cazar más allá de México, pero cuando regresó no lo hizo solo. Había alguien con él, un tipo llamado Rufus.

—¿Rufus?

—Es todo lo que se sabe de él.

—¿Es decir?

Murdock sonrió.

—No hay informes veraces, pero tampoco hacen falta. Es un asesino, una especie de loco al que jamás se le ha podido probar nada. Aparece y desaparece.

—Entiendo.

No era difícil atar cabos.

—Con el nombre de Troy Mangle y una cirugía estética oportuna, el príncipe Mulford llegó a Nueva York y al cabo de muy poco tiempo se hizo famoso en los grandes hoteles, los casinos y los restaurantes y discotecas frecuentados por el *jet set*. En esta ocasión Morrell le financiaba su actividad de relaciones públicas.

—Drogas y prostitución de gran escala, ¿verdad? —pregunté sin necesidad.

—Eso es. Hubo algunos roces con Rufus. Algunos hombres de Morrell tuvieron problemas con él. Está loco. Incluso marcó a varias muchachas que trabajaban para la Organización y Mangle tuvo que llamarle la atención.

—¿Tuvo éxito? —preguntó Bud.

—No. La Prefectura pescó el cadáver de dos chicas muy jóvenes que trabajaban en el sur de Manhattan, cerca de Wall Street. Las habían destrozado antes de lanzarlas al agua. El rumor señala a Rufus.

—¿Por qué no lo prenden?

—Porque no hemos podido dar con él ni hay pruebas suficientes...

—¿Y qué más, Murdock? —lo apremió Bud

—Pájaros de muy arriba, señores de smoking que aparecen en las portadas de las revistas de moda, caballeros que pertenecen a la Liga de la Moralidad y que suelen satisfacer ciertos... impulsos perversos gracias a hombres como Morrell, como Mangle... y el resto de la cuadrilla. Una investigación y persecución de Rufus en estas condiciones sería poner al descubierto otros episodios en los que aparecerían figuras intocables.

—¿Y la Organización? —pregunté.

—La Organización ha tratado de cargarse a Rufus. No les conviene. Pero no han podido conseguirlo. Es hábil y está loco.

—¿Cómo es que un caballero como Troy Mangle lo protege?

—Forman un equipo. Se deben favores, muchos favores —dijo Murdock.

—Y ahora tienen un millón y medio de dólares en sus manos —dije yo.

—¿De dónde lo han sacado? —preguntó el policía.

—Del asalto a las cajas de seguridad, hace ya un año.

—Dinero negro del Sindicato —recitó Murdock.

—Sí —asentí—, y ahora Mangle quiere echarle la culpa a Dyan porque...

—Conozco la historia del marido —dijo el policía—, pero no se inquiete, no me interesa ese dinero y tampoco los autores del robo. Prefiero que se liquiden entre ellos. Y le diré más, Casey, si alguien exterminara a las carroñas como Mangle, Rufus y Morrell haría un gran bien a todo el mundo. ¿Me explico?

Murdock se puso de pie, suspiró profundamente y me tendió la mano.

—Gracias, teniente —dije.

—Suerte, hijo —murmuró mientras se dirigía a la puerta del sótano, precedido por Bud.

Cuando Bud regresó traía una botella de bourbon del bar.

Me sirvió una copa.

—Ha sido una buena idea —dije, reflexionando—: no conozco los pormenores, pero Mangle consiguió hacer creer a Morrell que Rolland se había quedado con todo el botín. Rufus liquidó a los dos matones de Morrell en la plazuela y, dado el encuentro que tuve con Morrell y sus esbirros en su restaurante, no le costará nada creer que he sido yo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bud.

—Ahora, Mangle el insaciable y Rufus el psicópata quieren hallarnos para apoderarse del dinero que tiene Dyan. Cuando nos liquiden, Troy tendrá preparada alguna explicación para Morrell y se alzarán con toda la pasta.

—Un buen plan. Sin embargo, ¿por qué no continuar como hasta ahora, trabajando para Morrell? Dentro de la Organización, Mangle hacía la vida que más le gustaba.

—Tal vez, pero también es posible que desee volver a sus buenos tiempos de aristócrata. Empezar una nueva vida de legalidad, institutrices y cocineras importadas. Y creo que dos millones de dólares es una suma respetable.

Bud asintió, me sirvió otro trago y lo bebí lentamente. No atinaba a dar con la respuesta al rompecabezas.

No podía convencer a Morrell de lo contrario y tampoco atrapar a Rufus y a Troy para llevarlos al restaurante y obligarlos a confesar su traición.

Fue entonces cuando entró Martha en el sótano. Tenía el rostro, naturalmente afable y sereno, completamente desengajado.

—¡Martha! —gritó Bud.

—Hay una llamada para ti, Sam. Es una muchacha y parece...
aterrorizada.

Una iguana rabiosa trepó por mi estómago mientras corría hacia
el teléfono.

CAPITULO VII

—¡Dios Santo, Sam! ¡Está aquí!

No era la voz de Dyan, y tampoco la voz de un ser humano normal o asustado. Era un gemido quedo y desesperado, un estertor agudo en el que pude detectar una nota de resignación, como cuando un hecho resulta tan espeluznante que parece superar el umbral de tolerancia.

Fue todo cuanto dijo, porque alguien se puso al aparato.

—Hola, Samuel Casey —dijo ahora una voz medida, apacible, ligeramente burlona y absolutamente estremecedora.

—¿Rufus?

—Bravo, bravo por el novelista barato, te has anotado un punto muñeco.

—¿Qué deseas, Rufus? —me sentía irritado y, a la vez, necesitado de controlar mi ira, mi impotencia, mis ganas de estrangular al bastardo.

—He hablado con la niña. Es preciosa. En la plazoleta, vestida y temerosa mientras su paladín la defendía de los chicos malos era bellísima. Ahora, desnuda y desesperada es sumamente seductora.

Sabía dónde golpear y yo acusaba cada una de sus palabras. No quería imaginarla en manos de aquel hijo de perra.

Pero Rufus no parecía dispuesto a que lo olvidara.

—¿Recuerdas la mesa donde escribías? —preguntó con su voz, desagradable como una babosa espástica sobre el rostro de un niño.

—La recuerdo muy bien.

—La he atado a la mesa, Sammy. Con los brazos y las piernas abiertas y sujetas a las patas. He utilizado la misma cinta adhesiva que empleé en la plazoleta. ¿La recuerdas, Sammy?

—Por lo que más quieras, Rufus. Déjala en paz y dime lo que quieres. Haré lo que sea, pero...

—¡Silencio! —gritó de pronto y fue como una descarga eléctrica flotando sobre el mar en calma—. Me gusta oírte implorar, Sammy —prosiguió recuperando la serenidad—, y sí, quiero algo de ti, pero antes déjame describir la escenografía. Es maravillosa, puedes creerme. Claro que el mérito es de esta zorra exhibicionista. ¿Sabes, Sammy? La miro y siento impulso de abrirla en dos, pero luego... luego siento ternura por ella y sería capaz de... poseerla, Sammy, sí...

—¿Qué quieres, Rufus? —pregunté, escuchando mi propia voz como un ruego lastimero, incapaz de contener las lágrimas que brotaban a mis ojos o de ahuyentar la náusea que trepaba hasta mi garganta.

—El dinero, muñeco. Todo el dinero. ¿Verdad que lo tienes tú?

—Sí. Te lo llevaré en seguida, Rufus. No le hagas daño, prométemelo.

Una carcajada brutal se estrelló contra mi oído y luego, al cabo de un largo minuto, otra vez la voz demencial.

—No quiero llamadas a la policía y tampoco a Morrell, ¿me has oído, Sammy?

—Descuida. Buscaré el dinero y llegaré en un par de horas —le aseguré.

—Sin sorpresas, muñeco...

Un silencio en la línea y repentinamente un grito desgarrador. Un alarido animal, espeluznante.

—¡Dyan! —grité yo.

—Soy Mangle —dijo ahora la voz bien modulada del gigoló.

—¿Qué le ha hecho ese bastardo? —bramé.

—Tranquilo, amigo, sólo deseaba que supiera que Rufus cumple sus promesas.

—Quiero hablar con ella o no hay trato, Mangle.

—No puede hablar ahora —se carcajeó Troy—, está inconsciente.

La impresión ha sido demasiado fuerte para la pobre florecilla.

Miré a Bud que sostenía el auricular auxiliar y meneó la cabeza desolado.

—Está tan loco como el otro —dijo en voz muy baja, modulando las palabras con sus labios apretados.

Yo, extrañamente, recobré la calma.

—Escúchame bien, hijo de perra, porque no voy a repetirlo. Si no me pones con Dyan y me dices que está bien, no hay trato. Puedes matarla, estoy seguro que hasta gozarías haciéndolo, pero tendrás detrás de ti a toda el hampa, a la policía y al FBI. Y no es eso lo peor, lo peor será que yo te ponga las manos encima Te llevaré el dinero, pero procura que ella se recobre. ¿Me has entendido con claridad?

—No estás en posición de imponer nada, cerdo —dijo el *dandy* perdiendo la compostura.

—¡Oh, sí, claro que sí, bastardo! Si le pasa algo a la muchacha pierdes tu negocio... Jamás volverás a ser Mulford Edward Degranier, el delfín de la dinastía.

Se me escapó el comentario, pero di en el clavo sin proponérmelo. Había tocado el nódulo de la enfermedad mental de Troy Mangle.

—Aguarda —dijo entonces.

Y al cabo de un minuto más largo que un siglo regresó al auricular.

—Escucha, Casey...

Y escuché:

—¿Sam?

—¿Cómo estás, amor?

—Sam? Estoy bien, Sam. ¿Vendrás a buscarme, Sam?

Parecía una niña enloquecida.

—Ya la has escuchado, Casey.

—Voy para allá, Mangle —dije y corté la comunicación.

—Te acompaño —dijo Bud.

—No, tengo que ir solo. Están locos, Bud

Martha lloraba y sostuvo a Bud por un brazo.

—No tengo tiempo que perder, amigo. Hay una so la oportunidad y sólo yo puedo aprovecharla. Lo entiendes, ¿verdad?

Me abrazó con el rostro descompuesto. Besé a Martha y salí disparado.

Llegué a la calle cruzando la vivienda de Bud y Martha, y corrí hasta el viejo Oldsmobile. Media hora más tarde llevaba los cuatrocientos cincuenta mil dólares dentro de un maletín mientras volaba sobre la carretera en dirección al norte.

Me detuve ante la puerta de la oficina del mestizo con buena memoria.

—¿Qué tal marcha el viejo Olds, señor?

—Muy bien. Dígame, ¿ha venido alguien preguntando por mí o por mi mujer?

Los dientes perfectos brillaron complacidos. Estaba persuadido que nos había hecho un enorme favor.

—Sí, señor. Un caballero muy elegante y muy educado preguntó si alguien había comprado o alquilado un coche y me describió a la señora. Les dije dónde podían hallarles. ¿Ya los ha visto, señor?

—No, todavía no.

—Ha sido una suerte que tenga una buena memoria, señor —sonrió el hombre—, Y también que recordara el viejo embarcadero y la casa.

—Gracias. Hasta la vista.

Mangle y Rufus habían seguido nuestros pasos y, seguramente, los habíamos perdido, de modo que debían haberse detenido en todas las agencias de alquiler y compra venta de vehículos preguntando por nosotros.

Las propinas de Dyan y su alegría cuando le habló al mestizo del embarcadero contribuyeron a crear la situación en que ahora nos hallábamos.

Detuve el Oldsmobile en el arcén y me encaminé a pie hasta el borde mismo del acantilado. Vi la casa encima del galpón, la playa, el pequeño puerto y un yate fondeado en un extremo.

Extraje la pistola calibre 45, comprobé su carga y la introduje en el bolsillo de mi gabardina. Luego regresé al automóvil y descendí hacia la playa por el sendero particular.

Dejé el viejo Olds aparcado junto al pipón y me dirigí a la escalera que ascendía hasta la casa, por fuera del edificio. Estaba seguro de que me observaban desde el ventanal y también desde la puerta de acceso, pero había un sitio, durante el recodo de la escalera exterior, en el descansillo, en que era invisible para ellos.

Cuando pasé por allí me incliné y dejé la 45 amartillada contra la contrahuella del último escalón.

Llegué arriba en el momento en que la puerta se abría y el cañón de un arma se hundía en mi estómago. Detrás del cañón del arma había un brazo enfundado en una cazadora, cuyo propietario no podía ser más que Rufus.

Era alto y delgado. Tenía el rostro casi agradable, aniñado, con un mechón de cabello rubio encima de la frente. Pero no era joven. Debía rondar la cuarentena, sólo que su físico era el de esos individuos que por alguna razón hormonal parecen muy juveniles a la distancia, con la piel delgada, sonrosada y propensa a la flaccidez.

Sus ojos eran pequeños y muy claros.

No sonreía con los ojos, fríos como el hielo, mercuriales, sino con la boca, enseñando unos dientes pequeños, amarillos y parejos.

La sonrisa de la boca, sin embargo, no condecía con el resto de su fisonomía. Parecía impresa a pesar del rostro.

—Hola, Sammy —dijo.

—Quiero ver a Dyan.

Hundió aún más la pistola en mi estómago y los dos giramos como en una danza silenciosa. Cuando estuve adentro cerró la puerta y me indicó que avanzara.

Dyan se encontraba, efectivamente, amarrada a la mesa. Estaba desnuda y tenía un hematoma desagradable en un seno. En el centro del hematoma la carne había sido herida.

Era la quemadura de un cigarrillo.

Me miró y comenzó a llorar.

Mangle apareció desde el cuarto de baño. Empuñaba una pistola pequeña, con cachas de carey y del calibre 25. Sobre la cama había una maleta abierta y en su interior varios fajos de billetes. Allí estaba el millón y medio de dólares.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Mangle, introduciendo la pistola femenina debajo de su cinturón.

—En el automóvil —dije.

—¿Por qué no lo ha subido? —inquirió, insistiendo en ese

tratamiento ceremonioso, como si estuviera en una recepción diplomática.

—Quería comprobar que Dyan estaba bien —dije.

—¿Y si no lo hubiese estado?

—El automóvil estallaría cuando uno de vosotros fuese en busca del maletín —dije con tranquilidad.

Rufus lanzó una carcajada, se acercó a Dyan y le introdujo el cañón de la pistola en la boca.

—Dile que se aparte, muñeco —le espeté al *dandy*.

—Rufus, déjala en paz.

—Dile que traiga el dinero. Lo contaremos y luego la dejaré en paz.

—Si él no viene conmigo hasta el coche no hay trato, Mangle. Es un animal enloquecido, está enfermo, le gusta hacer sufrir —dije con serenidad.

Dyan abrió los ojos incapaz de comprender por qué lo provocaba de aquella manera.

—Voy a... —dijo Rufus, pero Mangle lo detuvo.

—Ve con él, Rufus —se acercó al psicópata y le acarició el rostro con una burda sensualidad—, ya hablaremos luego... ¿De acuerdo?

Rufus no dijo nada, pero me empujó hacia la puerta con el arma

—Ninguna treta, Casey —me advirtió Mangle.

—Déjalo que lo intente, Troy —se sonrió Rufus.

Abrió la puerta, me hizo pasar y descendí la escalera seguido por el demente ansioso de sangre.

Cuando llegué al viejo Olds, Rufus se apartó ligeramente y lanzó una carcajada.

—Por favor —dijo impostando la voz como si me suplicara—, comete una tontería...

Abrí la puerta del coche y saqué el maletín.

—¿Has desactivado el explosivo?

—Sí —mentí.

—Bien, regresemos a la casa. Tú delante.

Comenté a subir la escalera con la mirada fija en la 45. Al llegar a una altura conveniente, cuando el arma estaba a la altura de mi cabeza y al alcance de mi mano, fuera de la vista de Troy dentro de la casa y a cubierto de la vista de Rufus, que venía detrás mío, fingí tropezar y caí sobre la escalera.

Mi mano derecha, siempre oculta por mi cuerpo, votó hacia el arma y la cogió con fuerza.

—¿Un tropezón, muñeco? —se burló Rufus.

Me incorporé y lo miré por encima del hombro.

—Sí —repliqué, y moviéndome con rapidez le descerrajé un

balazo en el centro del rostro.

No esperaba aquello y murió del peor modo para un tipo con sus perversiones: sorprendido como un imbécil. El rostro de sorpresa sólo duró una fracción de segundo, ya que fue volado por el efecto del proyectil, sólo que yo ya no estaba allí para gozar del espectáculo de Rufus rodando escaleras abajo, prácticamente decapitado.

Subí, corriendo el resto de la escalera, pasé como una exhalación por delante de la puerta, di la vuelta por el amplio balcón terraza y, sin detenerme, atravesé como un loco furioso el ventanal, protegiéndome el rostro con el brazo izquierdo.

Entré en el salón como un ángel exterminador. Vi a Troy que se volvía hacia mí desde el otro extremo, junto a la puerta, a donde se había dirigido para ver qué había ocurrido fuera, y todo lo que hice fue apretar las mandíbulas y descargar el cargador en su cuerpo.

Mi primer disparo coincidió con el suyo, pero sólo cuando terminó de rebotar una y otra vez contra la puerta cerrada, para caer hecho jirones sobre el suelo, descubrí que tenía un balazo en el pecho, a la altura de la clavícula.

Me acerqué a Dyan y le corté las ligaduras. Ya no lloraba, pero un temblor involuntario agitaba sus labios y la barbilla.

La besé con fuerza, tratando de detener el temblor.

—Tienes que calmarte —le dije—. Estoy herido y todavía hay mucho que hacer.

Recuperó rápidamente la circulación interrumpida por las ligaduras y, sin preocuparse por ocultar su desnudez, me comenzó a desvestir.

Observó mi herida y luego la limpió y vendó sin pronunciar una sola palabra.

—Tienes el orificio de salida en la espalda. No hay hemorragia, pero convendrá tomarte algunas radiografías.

—Luego —dije.

Volví a besarla.

—Vístete, eres un espectáculo demasiado inquietante para un herido.

Sonrió y se vistió con rapidez.

—Bien, será desagradable, pero tienes que ayudarme. ¿De acuerdo?

—Estoy bien. Te lo aseguro.

—Esa es mi mujer —la alenté.

Llevamos a Troy Mangle hasta el yate y luego a su compañero perverso, Rufus. Dejé la 45 en manos de Rufus, ya no la necesitaba. Puse en marcha los motores, quité las amarras y con

una pértiga empujé el acelerador.

El yate se alejó mar adentro, impulsado por las hélices dobles, embistiendo las poderosas olas grises, cargadas de espuma

—¿Y ahora qué? —preguntó Dyan.

—Ahora todo marchará sobre ruedas —dije.

—Eres una muchacha con exceso de imaginación, ¿lo sabes?

—Debo saberlo, cariño. Vivo de mi imaginación.

La besé en los labios y regresamos a la casa. Limpiamos los restos del combate y luego recogimos el dinero y regresamos en el viejo Oldsmobile a la casa de Bud.

Eran las nueve de la noche cuando Martha nos abrió la puerta y las diez y media cuando convencí a Dyan y Bud que mi plan era el mejor.

Cogí el teléfono y llamé a Morrell.

—Morrell —dijo la voz del gángster sin cuello.

—Soy Casey.

—Un inesperado placer...

—Voy a ser breve, Morrell. He recuperado su dinero. El figurín de moda, Troy Mangle, y el angelito de su amigo, Rufus, se habían hecho con el millón y medio de dólares. Comprometieron y liquidaron a los hombres que recogieron el botín de manos de Rolland.

—¡Maldito cabrón! —rugió la voz del otro lado de la línea.

—Le entregaré el botín con una condición, Morrell.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que usted y sus amiguitos me dejen en paz. Creo que es un trato justo.

—De acuerdo, pero antes dígame dónde puedo hallar a ese bastardo de Mangle y al enfermo de Rufus.

—No se preocupe por ellos, están navegando hacia el otro barrio.

La risa de Morrell terminó con la conversación.

* * *

Miré la página en blanco en la máquina de escribir y, a través de la ventana, la silueta espléndida de Dyan enfundada en un bikini tan diminuto que parecía a punto de estallar.

Salí al sol depredador del trópico quitándome el pantalón y las alpargatas.

Ella sonrió al verme llegar.

—¿Todavía extrañas el puerto y la casa de tus sueños? —bromeé.

—No, no podría haber vuelto a aquel sitio. Además... mis sueños están donde estás tú.

—Buena frase para una mala novela.

—¿Has escrito algo? —preguntó con picardía, conociendo de antemano la respuesta.

—No. Hemos vivido una pesadilla mortal que ha tenido un buen desenlace. Lo peor comienza ahora. Tengo una esposa terriblemente hermosa, cuatrocientos mil dólares esperando para ser gastados y la obligación de comprobar si puedo escribir una novela... en serio.

—¿Y qué has decidido?

—Gozar de mi mujer increíblemente bella y, dentro de veinte o treinta años cuando se nos acabe el dinero, desempolvar la máquina de escribir y dedicarme a relatar mis memorias. ¿Qué opinas?

—Me gusta el programa, amor.

La estreché entre mis brazos y la besé con fuerza.

—Si estás pensando lo mismo que yo, será mejor que vayamos a la cabaña y nos demos prisa... —murmuró seductoramente junto a mi oído, y su aliento caliente se coló en mi cerebro como un áspid rabioso.

—¿Por qué? —pregunté, alzándola en brazos.

—Porque en un par de horas hemos de ir al aeropuerto a buscar a Bud y Martha.

—¿Quieres decir que ya hace un mes que estamos aquí?

—Un mes, dos días, quince horas y... cuatro minutos.

—Te quiero —dije, y eché a correr hacia el *bungalow*.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

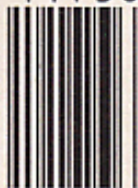
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España